

INTRODUCCION

Estas páginas quieren manifestar mi afecto fraterno a todas las almas consagradas, especialmente a las contemplativas. Este es el cuarto folleto, que escribo para ellas. En la primera parte, hago una exposición doctrinal y, en la segunda, recojo algunos testimonios más representativos.

Ellas necesitan ser conscientes de su gran misión en el mundo como madres de las almas. Cristo las escogió desde toda la eternidad para ser santas e inmaculadas ante El por el amor (Ef 1,4). Están llamadas a ser sacerdotes por el amor y deben vivir esta dimensión sacerdotal de su vida consagrada con un ofrecimiento constante de su vida por la salvación del mundo. Ellas deben tener una total disponibilidad a los planes divinos y estar abiertas a lo infinito de Dios y a las necesidades de los hombres. Esto significa aspirar constantemente a la santidad y querer ser, como María, hostias puras de amor para Jesús. Muy especial debe ser su relación con los sacerdotes, a quienes deben apoyar con su oración, su amor y su dolor.

Ellas son misioneras de amor y del Amor. Por eso, pueden decir con Sta. Teresita del Niño Jesús: *"Oh Jesús mío, por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi propio lugar en la Iglesia, y este lugar es el que Tú me has señalado, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor; de este modo lo seré todo, y mi deseo se verá colmado... Porque el amor encierra en sí todas las vocaciones, el amor lo es todo, abarca todos los tiempos y lugares, en un palabra, el amor es eterno"*. Y podíamos añadir: porque el amor es de Dios y Dios es Amor.

Deseo que este librito les ayude a vivir en plenitud su sacerdocio de amor y así puedan llegar más fácilmente a la santidad.

PRIMERA PARTE

REFLEXIONES

Dios te ama así como eres

Jesús te ama tanto que daría de nuevo su vida por ti. Vales tanto como la sangre de Cristo, que El entregó para salvarte. Eres la persona más importante del mundo para El. A nadie ama más que a ti. Te ama con todo su amor infinito. ¿Por qué no le pides prestados sus ojos para que veas todo desde su punto de vista? No te veas con tus propios ojos. No te devalúes a ti misma. No te vendas fácilmente, mintiendo o halagando para obtener la estima de los demás. No lo necesitas. Dios te ama así como eres en este preciso momento. Te ama infinitamente, porque eres su hija, a pesar de tu pasado, y seguirá amándote eternamente. Nunca dudes de su amor. Tu vida es muy importante para Dios. Para El no hay vidas menos importantes. Nada es pequeño a sus ojos.

Por eso, el no valorarte debidamente, le duele en lo más profundo. Es como dudar de su amor por ti. El te ama como eres, alta o baja, guapa o fea. El te ha hecho a su gusto. ¿Por qué te rechazas a veces a ti misma? ¿No te gustas? ¿No eres perfecta?

Tampoco Dios quiere que lo seas ni lo necesitas para cumplir bien tu misión. ¿Tienes envidia de quienes tienen más cualidades que tú? Ellos deben cumplir su misión y tú la tuya. Lo importante es que tú cumplas bien esa misión que Dios te ha encomendado.

Tu vida es una aventura fascinante y misteriosa, tras la que están millones y millones de años de Dios. Desde toda la eternidad, cuando todavía no existía nada de lo que se ha hecho, Dios pensó en ti y te amó y "soñó" contigo (Jer 31,3). ¿Cómo serán los "sueños" de Dios? Soñó en hacerte santa y te encomendó una misión universal. Desde el mismo día de tu concepción, en el que creó tu alma con un acto de infinito amor por ti, desde ese día sigue derramando su amor sobre tu vida y sigue esperando con ilusión tu respuesta a sus planes divinos.

Jesús pensó en ti, cuando estaba clavado en la cruz y derramó toda su sangre por ti. Sí, por ti. No lo dudes. El te ha perdonado. No estés continuamente, lamentándote por tu pasado. Vive en plenitud el presente. Acéptate como eres, Dios no hace basura. Dios te ha creado con infinito amor y te ha formado con infinito cariño. Tú eres muy preciosa a sus ojos (Is 43,4). Te ha llamado con especial predilección. No lo defraudes con tus egoísmos. No te sientas indigna de tanto amor. El desea lo mejor para ti y quiere tu felicidad.

¿Has pensado alguna vez en tu gran dignidad como hija de Dios, esposa de Jesús, princesa del cielo? El Padre de Jesús es tu padre. La Madre de Jesús es tu madre. Todos los santos y ángeles son tus hermanos. Tú perteneces a la gran familia de Dios. Vive de acuerdo a tu gran dignidad. Vive con sinceridad, con claridad, con transparencia. Sé auténtica. Nunca mientas ni engañes. No trates de imitar a otros. Tú no eres fotocopia. Tú eres una persona única en el mundo. Desde que existe el mundo, nunca ha existido ni existirá otra persona exactamente como tú. Tú eres algo distinto y especial para Dios. El tiene un plan diferente para ti, un plan único y maravilloso, que nadie más que tú podrá realizar. ¿Dejarás que en el mundo haya un vacío de amor por no cumplir fielmente el plan de Dios sobre ti? No traiciones sus planes, perderías tu propia felicidad. Y ¡cuántas almas podrían condenarse eternamente por tu infidelidad y tu falta de generosidad! Tu vida es demasiado valiosa para Dios. Dile SI a todo lo que te pida. No le niegues nada. Y no olvides que, decirle SI, es cumplir su voluntad, es morir a tus propios planes para vivir de acuerdo al plan de Dios.

No te preocupes demasiado de lo que piensan los demás. Piensa, más bien, en lo que Dios espera de ti. Desarrolla tus talentos, estudia, supérate, corrige tus defectos. No te lamente de ser o de tener menos que los otros. No hagas comparaciones inútiles. Tú eres diferente. Y, cuando al verte llena de defectos, sientas que tu ánimo se te cae por tierra, levántate. Dios todavía no ha terminado contigo. Déjate cambiar por El. Estás en proceso de maduración. Estás en camino a la santidad. No te detengas y síguelo, aunque sea por el camino de la cruz.

Aprecia y disfruta de las pequeñas cosas de la vida para ser feliz. No necesitas cosas caras o lujosas para tener alegría y paz. Vive el presente con seriedad y responsabilidad. Haz bien todo lo que haces. Admira la belleza de la naturaleza. Disfruta del perfume y belleza de las flores, de una hoja de hierba, del rumor del riachuelo, del canto de los pájaros. ¡Hay tantas cosas lindas que tu Padre ha creado para

que seas feliz! Sólo por ti crearía de nuevo el Universo. ¿No lo crees? ¿Tan poco crees que vales para Dios?.

No sientas complejo de inferioridad. No te devalúes. No ocultes tus talentos. Desarrolla tus cualidades. Haz de tu corazón un cielo, donde viva a gusto Jesús. Haz de tu vida una fuente inagotable de amor, donde puedan saciar su sed de Dios tantos hermanos tuyos que te necesitan. Dios te ama, no lo olvides. El cuenta contigo para salvar al mundo.

Hacia la santidad

Todos estamos llamados por el bautismo a ser santos. La santidad no es un lujo de unos pocos, sino el simple deber de todos. ¿Alguna vez has pensado que puedes ser santa? ¿Se lo has pedido al Señor? El desea lo mejor para ti y quiere que seas feliz. Ora y trabaja por tu santificación personal. No te desanimes al verte tan frágil y llena de defectos. Sigue adelante en la gran empresa de tu santificación y pídele a Jesús todos los días que te haga santa. La santidad, a la vez que es un don de Dios, es también fruto de nuestro esfuerzo. Ora, como si todo dependiera de Dios, y esfuérate, como si todo dependiera de ti. Tú puedes ser santa. Dios lo quiere. Inténtalo.

El tiene todo su tiempo exclusivamente para ti. Nunca estará demasiado ocupado para no atenderte. Eres demasiado importante como para que te haga esperar. Más bien, El está esperando tu llamada para ayudarte. No tengas miedo de molestarlo o de decirle siempre las mismas cosas. Déjate ayudar y verás qué fácilmente se solucionan muchos de tus problemas y puedes superar poco a poco tus defectos. El está a tu lado las veinticuatro horas de cada día. No rechaces sus caminos. No te rebeles contra sus planes. El te guía. No le tengas miedo. El sabe mejor que tú lo que te conviene y te ama con un amor incondicional y seguirá amándote pase lo que pase y hagas lo que hagas. El seguirá confiando en ti hasta el final. Pero no puede hacer nada sin tu ayuda y colaboración. El respeta tu libertad y no te obligará a ser santa. Tú debes decidirlo libremente. ¿Estás dispuesta a intentarlo?

Que el amor sea la norma suprema de tu vida y que, por amor, obedezcas y cumplas siempre la voluntad de Dios. Entonces, tu alma vivirá siempre en primavera.

Oh Dios mío, te entrego mi voluntad y cuanto soy y tengo. Toma posesión de mí ser. Haz de mí lo que tú quieras. Santifícame a cualquier precio. No me pidas permiso. Hazme santa.

Santidad y obediencia

Toda la vida de Jesús se puede resumir en una sola palabra: Obediencia. “*Tomó la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz*” (Fil 2,7-8), El nos dice: “*He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió*” (Jn 6,38). En los momentos difíciles de la Pasión, le decía a su Padre: “*Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya*” (Lc 22,42). Ahora bien, obedecer es amar. Hay que obedecer con amor y por amor. El amor y la obediencia van íntimamente unidos. Y nosotros, porque debemos amar a Dios, debemos obedecerlo y respetarlo como buenos hijos. Aquí está el secreto de la santidad. No hay claves mágicas ni

misterios escondidos. No hacen falta experiencias maravillosas ni grandes penitencias. Simplemente se nos pide amar y obedecer. Cumplir la voluntad de Dios en cada momento es la clave de la santidad (Mt.7,21).

Hazlo todo lo mejor que puedas en cada instante por amor a Dios. Lo único que importa es el amor, triunfes o fracasas humanamente. Si has puesto lo mejor de ti misma, El no te puede pedir más. Haz lo que haces con sinceridad, tratando de hacer felices a los que te rodean. Si lo haces así, encontrarás el camino hacia lo profundo de ti misma y hacia tu propia felicidad. Ten siempre presente que vivir es un hermoso privilegio que Dios te ha dado. Aprovecha al máximo el tiempo que El te regala. No lo desperdicies sin hacer nada o haciendo las cosas mal. Esfuéstrate, lucha, trabaja... y ofrece generosamente tus sufrimientos por los demás.

Debes estar plenamente convencida de que todo lo que sucede está bajo control de Dios. Nada existe por casualidad. No puede pasarte absolutamente nada, sino lo que Dios quiera, o al menos permita, para tu bien (Rom 8,28). El es el chofer de tu vida. El te lleva en sus brazos con cariño. No temas, dale las gracias por todo lo que te ocurre, aun por las cosas desagradables, y duerme tranquila. El sabe el porqué de todo. Por eso, no busques ansiosamente las causas segundas, el porqué tuviste ese accidente, quién tuvo la culpa de aquella injusticia o por qué tuvo que ocurrirte a ti tal cosa. Mira siempre en todas las cosas la mano de Dios que dirige tu vida. Acepta los acontecimientos como manifestación de la voluntad de Dios. En cada momento, debes decir: *Aquí está la mano de Dios y lo acepto con amor.*

Dile Sí en cada instante. Procura estar atenta y despierta para comprometerte con lo que haces y hacer las cosas bien. Procura estar consciente de lo que te pide y no se lo niegues. Cumple las leyes y normas establecidas. Trata siempre de servir y hacer felices a los demás. No les niegues tu ayuda y tus servicios siempre que los necesiten. Ama sin descanso a todos los que te rodean.

Si quieres saber cuán santa eres, debes examinar tu grado de amor. Dicho de otra manera, con que perfección cumples en cada momento la voluntad de Dios y le obedeces ¿Por qué no te abandonas completamente en sus manos? ¿Por qué no te dejas llevar por El como un niño en brazos de su madre? Hazte el propósito de dejarte amar por Jesús y aceptarlo todo como venido de sus manos. Dile ahora mismo: *“Jesús, creo en tu amor por mí, acepto tus planes sobre mí. Te entrego mi voluntad para que hagas de mí lo que tú quieras, sin pedirme permiso”.*

Así ya no te preocuparán tanto tus problemas. Estás en las manos de Jesús y estás en buenas manos. Tú le perteneces desde el día de tu bautismo. Déjate cuidar y guiar por El. Vive con alegría tu consagración religiosa. El es tu esposo y le entregaste tu voluntad, tus propiedades, tu cuerpo, tu afectividad... tu vida entera. No seas mediocre. No seas egoísta, buscando pequeños placeres que te alejen de El. Procura hacerlo feliz.

Dale carta blanca para que pueda hacer en ti lo que crea más conveniente. Obedece sin vacilar. El te dice: *“Dame, hija mía, tu corazón y que tus ojos hallen deleite en mis caminos”* (Prov 23,26). Y no olvides que, para ser santa, necesitas el poder del Espíritu Santo y *“Dios da el Espíritu Santo a los que le obedecen”* (Hech 5,32).

Jesús Eucaristía es para ti un modelo de obediencia. Se hace presente en la hostia, obedeciendo a las palabras del sacerdote, aunque sea pecador. Después, está a su disposición, dejándose llevar por sus manos para quedarse en el sagrario o para darse en comunión. Ellos, por así decirlo, son sus conductores y El obedece. Jesús, en el sagrario, está en actitud de obediencia ¿no podrás tú obedecerlo y cumplir su voluntad?.

Fe en la Eucaristía

Creemos que Jesús está verdaderamente presente con su cuerpo, sangre, alma y divinidad en el sacramento de la Eucaristía. Así nos lo enseña la Iglesia. Así nos lo dice el Evangelio: *"Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre"* (Mt 26,26-28). *"Yo soy el pan vivo bajado, del cielo, el que come de este pan vivirá para siempre y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo"* (Jn 6,51). Así nos lo dice también la fe y experiencia de los santos. La Eucaristía es el compendio y suma de toda nuestra fe.

La Eucaristía es un milagro sólo visible a los ojos de la fe. Hallarse frente a un pedazo de "pan" y creer que se trata del mismo Dios en persona, es algo que estremece el alma. La Eucaristía es Dios en medio de nosotros. Es el centro de nuestra fe cristiana. Es la puerta de entrada a las maravillas de Dios. ¡Cuánto amor deberíamos experimentar al saber que vivimos bajo el mismo techo que Jesús! ¡Cuántas bendiciones recibimos al visitarlo, recibirlo y adorarlo! ¡Cuántas bendiciones reciben aquellos conventos que tienen la adoración perpetua! ¡Cuánta sanación y amor para los enfermos, los tristes, los que están sin esperanza! Desde el sagrario, Jesús nos invita y nos dice: *"Venid a Mí..."*

Jesús nos espera día y noche y, a veces, ni siquiera le dirigimos un pensamiento de amor. ¡Cuánta indiferencia para el Amor de los Amores! El espera el consuelo de nuestra visita y compañía y, fácilmente, nos excusamos con tantas ocupaciones.... Pero El sigue y seguirá esperando. ¿Crees realmente que el Jesús de la Eucaristía es el mismísimo Jesús, el Hijo de María, que nació en Belén y murió por ti en la cruz? ¿El mismo Jesús que caminaba por aquellos caminos de Palestina, haciendo milagros y sanando a los enfermos? ¿Crees en su presencia eucarística? ¡Hay tantos que sufren, porque quisieran tenerla!

En un pueblecito de los Andes peruanos, hacía 22 años que no habían visto a un sacerdote. Todos los domingos, el catequista los reunía en la capilla y allí abría el corporal sobre el altar y les decía: *"Adoremos a Jesús, hecho Eucaristía aquí hace 22 años. El estuvo aquí en medio de nosotros. Pidámosle que vuelva realmente a estar con nosotros, que nos envíe un sacerdote"*. Y El escuchó su oración.

En un pueblecito del Congo, en África, durante 20 años, cinco viejecitas se reunían todos los domingos para orar y pedirle a Jesús que les enviara un sacerdote para tener la Eucaristía. Y Jesús les envió un sacerdote y un convento de monjas contemplativas.

En un pueblo de las islas Kiribati, en Oceanía, había un grupo de católicos que nunca habían sido visitados por un sacerdote. Los sacerdotes más próximos estaban a 5,000 Kms. Todos los domingos se reunían en la playa y, mirando a la lejana Tahití, se arrodillaban para adorar a Jesús, presente en aquellas lejanas iglesias de Tahití. Juntos decían esta oración: *"Señor, qué alegría sentiremos, cuando tengamos con nosotros un"*

sacerdote, que pueda celebrar la Eucaristía, perdonar nuestros pecados y darnos la unción de los enfermos a la hora de nuestra muerte. Envíanos, Señor, un sacerdote que sea nuestro Padre y nuestro hermano, y tu representante en medio de nosotros”.

Después de 10 años, el Señor les mandó un misionero. Lo recibieron con gran alegría, con vestidos de fiesta y un rosario al cuello y con el altar ya preparado para la celebración de la misa. ¡Qué alegría!

Cuántas veces, personas no católicas, han afirmado haber experimentado una presencia invisible, una atracción inexplicable hacia el sagrario. Así hablaban algunas jóvenes musulmanas, cuando me encontraba de capellán militar en Ceuta. Ese fue, precisamente, el golpe de gracia para la conversión de una joven, hoy religiosa contemplativa.

Milagros Eucarísticos

A lo largo de los siglos, Jesús ha manifestado su presencia eucarística con muchos prodigios. Uno de ellos fue el ocurrido en Bolsena (Italia) el año 1263. Un sacerdote celebraba la misa, dudando de la presencia real de Jesús, cuando al partir la hostia, brotó súbitamente tal cantidad de sangre que cayó sobre el cáliz, empapó el corporal y los manteles y algunas gotas cayeron al piso. Sto. Tomas de Aquino y el Papa Urbano IV pudieron certificar la veracidad de este prodigio. Este mismo Papa instituyó la fiesta del Corpus Christi.

Otro prodigio importante ocurrió en Siena (Italia) en 1730. Unos ladrones robaron 223 hostias consagradas de la basílica de S. Francisco el 14 de Agosto y, desde entonces hasta ahora, se conservan milagrosamente. Las hostias están tan frescas e intactas como el primer día, sin presentar ningún signo de descomposición. Esto, según los científicos que han hecho análisis de laboratorio, va en contra de toda ley física, química y biológica. El mismo Papa Juan Pablo II el 14-9-80 en Siena dijo: *“Aquí esta la presencia real de Jesús”*. Su conservación milagrosa es una señal para nuestro tiempo.

Pero el mayor de todos los prodigios ocurrió en Lanciano (Italia) en el siglo VIII. Durante la celebración de la misa, la hostia se transformó en un pedazo de carne viva y el vino consagrado en sangre, coagulándose después en cinco piedrecitas diferentes, cada una de las cuales pesaba exactamente igual que varias de ellas o que todas juntas.

En el correr de los siglos se han realizado muchas investigaciones serias sobre esta carne y sangre milagrosas, que todavía se conservan en un relicario. En 1971 un grupo de expertos, entre ellos el profesor Odoardo Linoli, catedrático de anatomía, histología patología y microscopía clínica, y el profesor Ruggero Bertelli, ambos de la Universidad de Siena, efectuaron análisis en el laboratorio y llegaron a resultados sorprendentes. Después de 12 siglos, la carne es verdaderamente carne y la sangre es verdaderamente sangre de un ser humano vivo y tienen el mismo grupo sanguíneo "AB". El diagrama de esta sangre corresponde al de una sangre humana que ha sido extraída del cuerpo vivo ese mismo día. La carne pertenece al corazón.

¿No nos está diciendo claramente el Señor, a través de este milagro, que El está siempre vivo entre nosotros en este sacramento? Acerquémonos a El con reverencia y recogimiento. No lo dejemos solo, hagámosle compañía. Vayamos en espíritu a tantos sagrarios abandonados y solitarios y adorémosle, porque El es nuestro Dios.

Eucaristía es alegría, fortaleza, amistad

En la Eucaristía, participamos de la alegría de Jesús. Muchas veces, en mi vida misionera, me sentía feliz de ser sacerdote y llevarles a mis hermanos la alegría de su perdón y de su amor. Cuando llegaba a un caserío, era para ellos una gran fiesta, que con frecuencia sólo ocurría una vez al año. Casi todos se confesaban y comulgaban. Era una fiesta familiar. Asistían a la misa, aunque tuvieran que hacer grandes sacrificios. Los primeros viernes, venían de todos los rincones de la parroquia los "hermanos del apostolado" para confesar y comulgar. Ese día la casa parroquial era la casa de todos. Todos compartíamos noticias y alegrías y esperanzas. Era la fiesta parroquial de cada mes. Era hermoso ver venir ancianos, niños, adultos, con lluvia, con sol, con frío o con calor, después de tres o cuatro horas de camino. Y allí, en aquellas soledades de los Andes, entre ríos y quebradas, entre precipicios y montañas, ante tantas maravillas de la creación, cantábamos alegres por la alegría de tener a Jesús, hecho pan, entre nosotros.

Cuántas veces también, durante los nueve meses en que estuve destacado como capellán militar en una pequeña isla del Norte de África, me iba por las tardes a mirar el mar y a disfrutar de la belleza de un hermoso atardecer. Me parecía soñar con un mundo nuevo y me llenaba de paz. A continuación, iba a la pequeña capilla y celebraba la misa con la alegría reciente de aquel lindo atardecer. Y Jesús se hacía presente entre mis manos y me daba alegría y fuerza para seguir adelante en mi vocación. Pero, al volver a la ciudad, aturdido por el ruido de la civilización, dejé de orar y de celebrar la misa diariamente y mi vocación empezó a tambalear y mi fe a decaer. Entonces, pedí oración a religiosas contemplativas y Dios me salvó. ¿Cuántas oraciones y cuántas horas de sagrario fueron necesarias para salvarme?.

Actualmente, una de las alegrías más frecuentes que recibo proviene de la inocencia y pureza de los niños. Quiero mucho a los niños y su sonrisa y su amor llenan mi alma de la alegría de Dios. Cuando en la misa, en el momento de la paz, vienen a saludarme, me parece que sus besos son los besos de Jesús. Por eso, al comulgar, quiero acercarme con la inocencia y la pureza de los niños y sentir en cada comunión el beso de Jesús.

La Eucaristía también es fortaleza en la adversidad.

Un sacerdote, que pasó 45 días solo, en el desierto, en un retiro voluntario.... dice que la Eucaristía era su alimento, su fortaleza y su compañía. Allí solo, entre la arena y el cielo estrellado, con Jesús era feliz.

Otro, que pasó 20 años, solo, encerrado en una prisión, cuando podía celebrar la misa con un poco de pan y vino, se sentía fortalecido para afrontar todas sus penalidades y su soledad. Sin Jesús a su lado se habría vuelto loco.

Muchos sacerdotes, durante la segunda guerra mundial, llevaban sobre su pecho la Eucaristía y esto les daba valor para soportar todas las pruebas de la guerra. Con Jesús a nuestro lado todo es más fácil. Jesús es nuestro refugio y nuestra fortaleza.

La Eucaristía es también amistad. Jesús es el compañero inseparable, que nunca falla. Es el Emmanuel, el Dios con nosotros, el amigo fiel. Recuerdo la experiencia de unión y fraternidad que viví en el retiro mundial de sacerdotes, del 5-9 de octubre de 1984, en Roma. Allí había sacerdotes de todas partes del mundo y todos nos sentíamos unidos en Jesús ¡Qué hermoso ver a 7.000 sacerdotes en adoración ante el Santísimo Sacramento todos los días en la Basílica Vaticana! ¡Qué misas celebrábamos, todos unidos en la lengua de la Iglesia, el latín! ¡Todos cantando en distintas lenguas! ¡Todos sintiéndonos hermanos y amigos en Jesús! Allí se notaba la presencia del Espíritu. Todos éramos UNO en Cristo Jesús. ¡Qué grande es la dignidad del sacerdote!.

El Sacerdote

Decía el patrono de los sacerdotes, S. Juan Ma. Vianney: *“El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús. Si comprendiésemos bien lo que es el sacerdote,,moriríamos, no de pavor, sino de amor”.*

¡Oh sublime dignidad del sacerdote!
¿Quién eres tú ?
Tú eres el servidor de todos los hombres,
el "siempre disponible ", el hombre "para" los demás,
el esposo de la Iglesia.
Tú eres el hombre de Dios.
El que habla a Dios de los hombres y a los hombres de Dios.
Tú eres el puente...
Tú, en cada misa, te transformas en Jesús, el Hombre-Dios.
Tú eres hombre y eres Dios.
Eres todo y eres nada.
Eres superior a los ángeles....
Eres Padre de todos los hombres.
Eres sacerdote eternamente.

El sacerdote es representante y embajador de Cristo en el mundo y debe actuar en su Nombre y con su poder. Es depositario y distribuidor de los tesoros de la Redención. Es pastor y guía del pueblo de Dios y debe estar dispuesto a dar su vida por sus ovejas (Jn 10,11). Debe diferenciarse de los demás como el pastor se distingue de sus ovejas. En su aspecto exterior, debe reflejar su dignidad; en su comportamiento, debe inspirar confianza como un "padre". En la misa debe llevar en su corazón a todos sus hijos del mundo entero y ofrecerse por ellos. En cierto modo, es "responsable" de la Humanidad y debe preocuparse de la salvación de las almas y de la gloria de Dios, luchando siempre contra el mal y contra el Maligno. Su vida y su tiempo no le pertenecen. Por eso, debe ser un hombre de oración, estudio y sacrificio en favor de los demás.

Es sacerdote y víctima y continúa la obra de la Redención en la tierra por medio de los sacramentos. Es Maestro de la Palabra de Dios... instrumento de reconciliación, y debe ser un hombre universal, "para todos" sin excepción. Su modo de vida no debe

escandalizar a los más pobres y nunca debe despreciar a nadie. Además, debe tener un corazón eucarístico, enamorado de Jesús. El es el hombre de la Eucaristía y debe ser, como Jesús, "alabanza de la gloria del Padre". Será también el hombre de la acción de gracias, es decir, el hombre Eucaristía. Su vida debe centrarse y culminar en la misa de cada día, pues debe vivir principalmente de la Eucaristía y para la Eucaristía.

El sacerdote es un don de Dios para el mundo, valoremos y respetemos su dignidad.

Memorial de Cristo

El sacerdote es el hombre del memorial, el que hace presente el pasado, el que hace presente a Cristo hoy entre los hombres. Memorial es hacer vivo y real entre nosotros, ahora, un acontecimiento salvífico, que tuvo lugar en tiempos pasados. El sacerdote, en la misa, actualiza, renueva y realiza eficazmente la obra de la Redención, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Por eso, decimos que la misa es el memorial de la Pascua de Cristo, el memorial de su infinito amor, el memorial de la Cena del Señor, el memorial de la Redención, el memorial de su Pasión, Muerte y Resurrección. Cuando Cristo nos dice: Haced esto en conmemoración mía (en griego: *touto poieite eis ton emen anamnesin*) no se refiere a una representación teatral recordatoria, sino a hacerlo como un memorial, como una presencia real, como una reactualización, eficazmente presente.

Ahora bien, en vez de decir que en la misa el sacerdote hace presente o actualiza el sacrificio de Cristo, algunos autores prefieren decir que el sacerdote se hace presente, aquí y ahora, al único sacrificio de Cristo, que se prolonga por los siglos.

Nosotros estamos acostumbrados a decir que el sol "sale" todos los días, pero el sol no "sale", está "ahí", es la tierra la que va a su encuentro, la que se hace presente a él y así participa cada día de sus beneficios. De la misma manera, podríamos decir que el sacerdote, en cada misa, nos lleva, *nos hace presentes* a ese único sacrificio de Cristo, que está "ahí", pero no podemos vivirlo ni disfrutarlo hasta que no se celebra la misa.

Supongamos que estuviéramos obligados a vivir toda la vida en una casa fría y tenebrosa, sin esperanza de vida, y que el Sol de Cristo está "ahí, brillando permanentemente en el cielo. Cuando el sacerdote celebra la misa, nos hace presentes al sol, abriendo las puertas y ventanas. La misa es para nosotros luz, vida y esperanza, si sabemos abrir la puerta de nuestro corazón al Sol de Dios.

La misa es el memorial de Cristo, que sufre, muere y resucita por nosotros. Pero también podríamos decir que el sacerdote es, en la misa, el memorial de Cristo, ya que no sólo representa a Cristo, sino que es realmente el mismo Cristo; no es "otro" Cristo, es Cristo mismo en persona. Durante la misa, el sacerdote actúa *In persona Christi*", en la persona de Cristo, personifica a Cristo (Canon 899). Cristo toma posesión de su persona y, a través de él, se ofrece a sí mismo al Padre, como lo hizo en la cruz. Cuando dice: **ESTO ES MI CUERPO, ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE**, es Jesús quien lo dice. El sacerdote le presta a Jesús su voz, sus manos, su cuerpo y debe entregarle también su vida entera, como hostia viva, agradable a Dios.

De ahí que sea tan importante que haya una identificación entre el sacerdote y Jesús en la vida diaria. Tanto más cuanto que, por la ordenación, el sacerdote recibe un carácter indeleble, un sello invisible, que lo marca para siempre y lo configura profundamente con Cristo sacerdote. En la misa, es Jesús quien celebra. El sacerdote es un instrumento suyo, un ministro suyo, consciente y libre. Su ser es como absorbido por Jesús. Hay una identificación "ontológica" con Jesús, una especie de "transustanciación". Poniendo un ejemplo, podríamos pensar en el hierro rusiente. El fuego se ha posesionado de él de tal manera que, sin dejar de ser hierro, se "hace" fuego, actúa como fuego y, con el poder del fuego, quema y da luz y calor, capaces de transformar a cuanto lo rodea.

¡Qué grande es el poder del sacerdote! Cuando confieso a grandes pecadores arrepentidos y perdono sus pecados en Nombre de Dios, siento una gran alegría en mi alma. ¿Quién soy yo, hombre débil y pecador, para que Dios me haya dado semejante poder? Cuando celebro la misa, especialmente para los enfermos, me gusta imponerles las manos y bendecirlos y creo que es Jesús mismo quien los bendice a través de mí... para sanarlos. El sacerdote está llamado, a semejanza de Cristo, a dar su vida por los demás, a perdonar, predicar, sanar y bendecir, para que todos "tengan vida y vida en abundancia" (Jn 10,10).

El sacerdote, identificado con Cristo en la misa, necesita vivir esta dimensión cristológica de su ser a lo largo de toda su vida y actuar siempre como "Cristo".

La bendición sacerdotal

No faltan quienes la consideran algo anticuado y supersticioso, no quieren saber nada de agua bendita o de imágenes o cosas benditas. Pero la bendición del sacerdote es la bendición de Cristo y de la Iglesia, a través de él. Incluso los laicos también pueden bendecir, sobre todo los padres a sus hijos, en virtud de su sacerdocio común (Vat II SC 79; canon 1168).

Decía la beata Ana Catalina Emmerick que "el poder de la bendición sacerdotal penetra hasta el purgatorio, y consuela, como rocío del cielo, a las almas, a quienes con fe firme bendice el sacerdote". Ella, como otros santos, tenía el don de la hierognosis (conocimiento de lo sagrado) y podía distinguir claramente los objetos benditos de los que no lo eran.

La bendición sacerdotal es oración, que nos obtiene muchos beneficios, es fuerza contra las tentaciones, es protección contra el Maligno, es luz y vida para el alma. Es bueno darse la bendición uno mismo y bendecir, incluso a distancia, a los seres queridos, a los enfermos y necesitados etc. Muchas veces, mis fieles, con su fe sencilla, me piden la bendición. A mí me agrada bendecirlos, especialmente a los niños. Me gusta bendecir las medicinas de los enfermos y, con frecuencia, les digo a todos: "QUE EL SEÑOR TE BENDIGA".

La misa y su importancia

La misa es el acto más grande, más sublime y más santo, que se celebra todos los días en la tierra. La misa es el acto que mayor gloria y honor puede dar a Dios. Todos los actos de amor de todos los hombres, no son nada en su comparación. Toda la

gloria y alabanza que recibe de todas las maravillas de la Creación, toda la predicación de todos los santos y misioneros, todos los milagros realizados, toda la bondad de todas las criaturas y de todos los hombres, que han existido, existen y existirán, no son nada en comparación del amor y gloria y reparación que recibe el Padre en una sola misa por medio de su Hijo Jesús. Dice Sto. Tomás de Aquino que la misa vale tanto como la muerte de Jesús en la cruz. La misa es la renovación y actualización del sacrificio del Calvario.

El efecto de la misa abarca a todos los hombres de todos los tiempos y a todo el Universo. Desde el primer hombre hasta el último, desde la primera partícula creada hasta la última, desde el lugar en que me encuentro hasta el más remoto lugar del Cosmos. Es una misa cósmica, una misa universal, una misa "católica", en el mejor sentido de la palabra. Por ser la misa de Jesús, tiene el mismo valor que la misa del Calvario y sirve para la salvación de todos los hombres, incluso de los que ya murieron y de los que vendrán. En el hoy de Dios; no hay pasado ni futuro, todo es presente.

Por eso, Dios pudo haber bendecido a mis antepasados, incluso hace cientos de años, en previsión de las misas que yo celebraría por ellos. Igualmente, Dios puede bendecir en el futuro, cuando existan, a mis hijos espirituales en atención a las misas ya celebradas por ellos. ¿Cuántas bendiciones habrán recibido y seguirán recibiendo los miembros de Ordenes religiosas en virtud de las oraciones y misas celebradas por sus fundadores y santos de su Orden? Por eso, es tan importante tener presentes en cada misa a los familiares e hijos espirituales que Dios nos encomienda y pedir por ellos y reparar por ellos. Celebrar bien la misa es una gran responsabilidad del sacerdote. En ella, "somos colmados de gracia y bendición" (Pleg 1).

Sin embargo, ¡cuántos sacerdotes la celebran como instrumentos ciegos e ignorantes del misterio que se celebra! Muchos la celebran en 15 minutos, otros celebran tres o cuatro misas diarias, sin permiso, y sin causa justificada, con la consiguiente rutina. Algunos le dan tanta importancia a una larga predicación, que el resto lo pasan con excesiva rapidez. Hay sacerdotes que sólo celebran, cuando hay fieles o tienen "intención". No sienten necesidad de celebrar, cuando están de vacaciones etc. etc. Pero la Iglesia *"recomienda encarecidamente la celebración diaria, la cual, aunque no pueda tenerse con asistencia de fieles, es una acción de Cristo y de la Iglesia, en cuya realización los sacerdotes cumplen su principal ministerio"* (canon 904 y Vat II PO 13).

Precisamente, porque la misa es su principal ministerio y su oficio sacerdotal se da en favor de los fieles (PO 5), existe una "obligación moral" de celebrarla diariamente para obtener tantas bendiciones para el mundo. La misa es la mayor fuente de energía espiritual, que puede existir en el mundo, y no podemos privar a los demás de tantas bendiciones, que Dios pone a nuestro alcance. Pero ¡cuántas misas dejan de celebrarse o se celebran mal! ¡Cuántas misas que no se han celebrado ni se celebrarán, porque hay más de 80,000 sacerdotes, que abandonaron su ministerio! ¡Qué tristeza! ¡Qué tremenda sangría y qué gran vacío espiritual para la Iglesia y para el mundo! ¿Podemos extrañarnos de que el mundo esté tan mal? Hasta la Creación se rebela contra el hombre. S. Pablo nos dice que *"la Creación entera gime y siente dolores de parto... y espera ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar de la libertad de la gloria de los hijos de Dios"* (Rom 8, 21-22).

En la celebración de la misa, manifestamos nuestra esperanza en una “Creación nueva, liberada de toda corrupción”, “y en un mundo nuevo, donde habite la plenitud de la paz” (Pleg Rec I y II).

Pues bien, la misa que *“es la fuente y cumbre de toda la vida cristiana”* (LG 11) y la plenitud de la vida espiritual, según Sto. Tomás de Aquino, debe ser el centro de la vida del sacerdote. Debe ser el acto más importante y trascendental de cada día de su vida. Todo debe ser supeditado a ella. Nunca debe estar demasiado ocupado para no celebrarla o para no tener unos minutos de preparación y acción de gracias (canon 909). No puede considerarla como una “obligación” más, pues es la esencia de su vida.

¡Qué importante es la misa para el mundo! Supongamos que un hombre tuviera la responsabilidad de controlar la energía eléctrica de su país y que, por descuido, negligencia o ignorancia culpable, dejara a oscuras varios días al mes a toda la población. ¡Cuánto perjuicio económico y social ocasionaría! Eso no es nada, comparado con el perjuicio espiritual que recibe el mundo entero por tantas misas no celebradas o mal celebradas. Por esto, hay que rezar tanto por los sacerdotes para que valoren la misa y la celebren como si fuera la única misa, como si fuera su última misa, porque de ella depende la salvación de muchas almas. Decía el santo Cura de Ars que la causa del relajamiento de muchos sacerdotes estaba en que no dan suficiente importancia a la santa misa.

La misa, sacramento de unidad y de vida

En cada misa, Jesús se hace presente entre nosotros como en una nueva Navidad y se hace uno de nosotros. Ya no es solamente judío, sino de todos y cada uno de los países, es un hombre entre los hombres. Vive en medio de los hombres, en todos los países. Es el *“Dios con nosotros”*. El es el *“Hombre-Dios”* de todos y para todos. En El todos somos UNO. Por ello, todas las misas del mundo forman una sola misa en Cristo. Propiamente hablando, sólo hay una misa, la misa de Cristo, que cada sacerdote actualiza en cada Eucaristía. También podemos decir que todas las comuniones de todos los hombres de todos los tiempos, forman una sola comunión o común unión con Cristo.

En cada misa y comunión, al unirnos a Cristo, nos unimos también, a través de El, a todo el Universo y a toda la Humanidad. Nos dice S. Pablo que *“El es el primogénito de toda criatura, ya que en El fueron hechas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... Todo fue hecho por El y para El... El es también la cabeza del Cuerpo, que es la Iglesia. El es el primogénito de entre los muertos... Por El quiso Dios reconciliar todo lo que existe y por El...g Dios establece la paz en el cielo y en la tierra”* (Col 1,15-20). Todas las cosas han sido hechas por El y todo le pertenece. El es el centro del Universo y con El vivimos en el centro mismo del Corazón del Dios. El Corazón de Jesús es un Corazón cósmico, el centro propulsor de todo y de todos. Todo se centra en El y desde El irradia su amor, su luz su vida y su paz. A El y en El converge todo en un flujo y reflujo constante. De El y por El viene la vida. De El proviene la Redención. Por El nos viene la Salvación.

También en Cristo nos unimos a todos los ángeles, santos y almas del Purgatorio, porque todos formamos la única Iglesia de Cristo (triumfante, purgante o militante). En la misa, también ellos están presentes para adorar la majestad de Dios, hecho hombre por nosotros.

La misa es, verdaderamente, sacramento de unidad. En ella, todos juntos, como hermanos de la misma familia, hijos del mismo Padre, rezamos el Padre nuestro. *"Todos formamos un solo cuerpo, porque todos participamos del mismo pan"* (1 Cor 10,17). Y pedimos que se consoliden *"los vínculos de unidad entre los laicos y los pastores de la Iglesia"* (Pleg V/d) para que un día *"todos nos reunamos en la heredad de su reino"* (Pleg IV).

Nos dice el concilio Vaticano II que la unidad de los fieles se realiza por el sacramento de la Eucaristía (LG 3). Y que en la celebración de la Eucaristía *"se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo... que da la vida a los hombres"* (PO 5). Cristo es la vida y nos alimenta con el pan de vida. El ha venido para que tengamos vida y vida en abundancia (Jn 10,10). El nos da la vida para compartirla con los demás. Esto supone en nosotros una gran responsabilidad de amar la vida creada, en todas sus formas. Respetar la naturaleza y no destruirla inútilmente. Respetar la vida humana desde el primer instante de la concepción hasta sus últimos momentos.

Igualmente, debemos respetar la vida en los más débiles y necesitados. Pensemos en tantos cristos rotos, que viven junto a nosotros, en los que se sienten solos y abandonados, los inmigrantes, los refugiados, los desocupados, los ancianos, los enfermos, los niños. Jesús nos dice: *"Lo que hicieris a uno de estos mis hermanos, a Mí me lo hacéis"* (Mt 25,40). La comunión con Cristo nos lleva a la comunión con los hermanos. La Eucaristía es sacramento de caridad (Sto. Tomás). S. Agustín, ante este gran misterio de amor de la Eucaristía, exclamaba: *"¡Oh sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad!"*.

La misa del amor y de la paz

La misa es una celebración gozosa, una fiesta con Jesús. Sentimos la inmensa alegría de tener con nosotros a Jesucristo glorioso y resucitado. La misa no puede ser un velorio, sino una fiesta familiar con un banquete, *"el banquete pascual de su amor"*, en el que todos deben participar, recibiendo el manjar de su cuerpo y de su sangre. Esta fiesta, si es posible, debe celebrarse cantando, pues el canto es expresión de alegría.

La misa es una celebración del amor de Dios. Se celebra en el mismo Corazón de Dios, en el seno de la Trinidad, en el amor de los TRES. El amor del Espíritu Santo hace posible la encarnación de Cristo en las especies sacramentales. Jesús se entrega y se ofrece por amor a nosotros y obediencia al Padre. El Padre recibe con amor la ofrenda de su Hijo por el Espíritu Santo. La misa comienza y termina con una invocación a la Trinidad. Es una celebración de paz, porque es sacramento de paz. Es el *"sacrificio de la reconciliación perfecta"* (Pleg Rec II). En ella, en el rito de la comunión, le pedimos al Señor que nos libre de todos los males y nos conceda la paz... que no tenga en cuenta nuestros pecados y, conforme a su palabra, nos conceda la paz y la unidad. Nos damos la paz como hermanos y, al final, el sacerdote despide a todos con "Podéis ir en paz".

¡Qué poder tan grande el de la misa para conseguir la paz! Es el mismo poder de Jesús, que está presente en el sacerdote, y se lo pide a su Padre. El no podrá menos de alegrarse y sonreír como aquella noche de Navidad y decir, como los ángeles: *"Paz en*

la tierra a los hombres de buena voluntad". ¡Qué importante es la intercesión del sacerdote para que la víctima divina *"traiga la paz y la salvación al mundo entero"* (Pleg III). Si en una comunidad hay incomprendiones o divisiones. Si en una parroquia hay violencia y discordias. Si en un país hay odio, guerras, revoluciones y todos los sacerdotes y fieles se unen para pedir la paz. Entonces, Jesús, el Príncipe de la paz, nos dará la paz, aunque sea por la intercesión de unos pocos (léase Génesis 18,20-33). La paz es un don de Dios. Pidamos la paz en la misa de cada día.

La misa de la Iglesia

Al celebrar la misa, el sacerdote no actúa como persona individual e independiente, sino como ministro de Cristo y de la Iglesia; es decir, como ministro del Cristo total, de la Cabeza y del Cuerpo, inseparablemente unidos. La ofrenda de Jesús solo sin la Iglesia, sería, en cierto modo, insuficiente. Jesús se ofrece a sí mismo y consigo ofrece todo lo suyo y todos los suyos (el Universo, la Humanidad, su Iglesia), especialmente a sus sacerdotes y consagrados. Del mismo modo, el sacerdote debe ofrecerse con Cristo y todo lo suyo en unión con toda la Iglesia. Esto supone en la obediencia a la jerarquía. *"El ministerio sacerdotal, por el hecho de ser ministerio de la Iglesia misma, sólo puede cumplirse en comunión jerárquica con todo el Cuerpo"* (PO 15). Ellos son cooperadores de los obispos con el fin de construir y edificar la Iglesia (PO 12).

La misa es una acción de Cristo y de la Iglesia (canon 904). En ella estamos *"reunidos en comunión con toda la Iglesia"* (Pleg I). Y veneramos la memoria ante todo de la Virgen María, de S. José y de todos los santos, pidiendo que se acuerde de los que duermen ya el sueño de la paz.

En la misa, toda la Iglesia se ofrece con Cristo al Padre por el Espíritu Santo. Por eso, suele decirse que la Eucaristía hace la Iglesia, construye la Iglesia y hace de la Iglesia una Eucaristía.

La misa espiritual

Cuando por motivos de salud, viajes, no se puede asistir a la misa, es bueno unirse espiritualmente a la misa de la comunidad, de la parroquia o de otra iglesia, sobre todo, si se transmite por radio o televisión. De la misma manera, el sacerdote enfermo o impedido, puede concelebrar espiritualmente a distancia. El renovar nuestro ofrecimiento a Jesús por la salvación del mundo, siempre será muy provechoso y eficaz.

Por esto, pensando que, en cada momento, se está celebrando, en algún lugar del mundo, la santa misa, sería muy bueno unirse a esas misas en espíritu. ¡Cuántas bendiciones podríamos recibir si nos unimos con Jesús en cada patena que se ofrece al Padre! Cada mañana podemos decirle: *"Jesús mío, quiero unirme a ti y ofrecerte contigo en cada patena, adorarte en cada sagrario, acompañarte en cada hostia consagrada. Quiero hacer de mi vida una misa espiritual continua y un ofrecimiento permanente por el sufrimiento y el amor."*

El cielo será una misa celeste, una comunión de amor con Cristo, que nos seguirá ofreciendo al Padre por el Espíritu Santo. Será una misa de amor en la Trinidad,

una misa de amor sin fin. En esa misa celestial, que se prolongará por toda la eternidad, estará presente también con nosotros nuestra Madre María.

María y los sacerdotes

María es la Madre especial de todos los sacerdotes. Al engendrar a Jesús en sus entrañas, engendró con El, en cierto modo, también a los sacerdotes. Ellos son sus hijos predilectos y tiene para ellos toda la ternura y cariño que tuvo para el mismo Jesús.

María fue el último regalo que nos entregó Jesús antes de morir. Se la dio como madre a S. Juan, un sacerdote joven, recién ordenado el día anterior y que, en ese momento, representaba a toda la Humanidad. Nos dice el Evangelio que *“desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”* (Jn 19,27). Todo sacerdote, como S. Juan, debe recibir a María en su casa, en su corazón, y obedecerla, respetarla, defenderla y amarla. En una palabra, debe "consagrarse" a ella en cuerpo y alma.

Ella es Purísima e Inmaculada, modelo de pureza para los sacerdotes. Jesús se la entregó a Juan, el discípulo que más quería (Jn 19,26), por su pureza. La devoción a María será para los sacerdotes ayuda en la tentación y protección contra el Maligno. Todo sacerdote está llamado a reflejar pureza en su cuerpo y en su alma, en acciones e intenciones. Una pureza interior y exterior, sólo y acompañado, de noche y de día. No sólo en su cuerpo, sino también en su mente, de modo que su vida sea transparente y con una sinceridad a toda prueba. El sacerdote debe ser puro, muy puro, especialmente, en la celebración de la misa para que, Jesús, el Cordero puro y sin mancha, se una a su humanidad y lo transforme en Sí. Ellos deben reparar tanta impureza del mundo con su pureza.

Por otra parte, los sacerdotes deben estar llenos del Espíritu Santo, como María. El Espíritu Santo debe circular por su alma como la sangre por sus venas. Debe impregnar sus pensamientos, palabras y obras. A El le deben su vocación. El los unge para el sacerdocio. El da virtud a sus palabras en la consagración. El los santifica y los transforma en Jesús. No hay mejor momento que la celebración de la misa para que María se sienta feliz al ver a Jesús en el sacerdote, unidos en un solo corazón y una sola alma. En ese momento, Ella también está unida a ellos y forman los tres un solo Corazón en Dios. Jesús y María son inseparables. El Corazón de Jesús comenzó a latir al unísono con el Corazón de María y siempre están unidos. Por ello, todo sacerdote debe vivir en el Corazón de Jesús por medio del Corazón Inmaculado de María, incluso en su vida diaria.

También es importante que todos los sacerdotes se sientan hermanos en María, y ofrecerse juntos con Jesús, apoyarse mutuamente con su oración y sacrificio, reparar unos por otros y recordar a los que todavía están en el Purgatorio. Decía el Papa Juan Pablo II que entre ellos hay un "vínculo ontológico" y deben vivir esta comunión sacerdotal con una colaboración generosa y fraterna en el ámbito ontológico, psicológico y espiritual.

María fue el sagrario viviente de Jesús y es el sagrario de todo sacerdote. En su corazón maternal los abraza a todos. Ella ve a Jesús en cada sacerdote y lo ofrece al Padre como a su "Hijo".

Sacerdocio común de los fieles

Después de haber tratado del sacerdocio ministerial, veamos ahora algo sobre el sacerdocio común de los fieles. Por el bautismo, todos participamos del sacerdocio de Cristo. Ya S. Pedro nos dice claramente: *“Vosotros sois raza escogida, un reino de sacerdotes, una nación consagrada, un pueblo que Dios eligió para sí para proclamar sus maravillas”* (1 Pe 2,9). Y el concilio afirma: *“Los bautizados son consagrados por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo...,ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios y den testimonio por doquiera de Cristo..., en virtud de su sacerdocio regio concurren a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercitan en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa y en la abnegación y caridad operante”* (LG 10).

Todo cristiano está llamado a ser otro Cristo en el mundo. Como El, debe obedecer totalmente al Padre y ofrecer su vida, con todo lo que es, hace y tiene, para gloria de su Nombre. Está llamado también a ser profeta de Dios y predicar su Palabra. Debe hablar y actuar siempre en Nombre de Cristo. Su vida debe ser un modelo de vida cristiana y confirmar su palabra con señales evidentes (Mc 16,20). En la medida en que estén identificados con Cristo, podrán tener un poder "real" sobre las enfermedades y los elementos y para convertir los corazones.

Jesús dice: *“Impondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedarán curados”* (Mc 16,18). *“El que cree en Mí hará las obras que yo hago y aún mayores que éstas”* (Jn 14,12). También podrán decir a los de corazón destrozado *“vete en paz”* (Mc 5,34). Participarán así de la triple misión de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Serán instrumentos del amor de Dios en el mundo, para la realización de su plan de salvación sobre los hombres.

En cada misa podrán *“cantar la grandeza de su amor y proclamar la alegría de su salvación”* (Pleg Rec I). Así empezarán a reinar con Cristo, ya desde ahora, y después por toda la eternidad. Tienen, pues, una gran misión que cumplir como sacerdotes del Señor por el amor.

Sacerdocio de amor

El sacerdocio común de los fieles es esencialmente diferente del sacerdocio de los sacerdotes ordenados, que, durante la misa, se identifican realmente con Cristo. Ahora bien, entre los ministros ordenados, hay distintos grados de participación del sacerdocio, sean obispos, sacerdotes o diáconos. De la misma manera, entre los laicos, podríamos considerar distintos grados según sean consagrados o no. Las almas consagradas, por sus votos, tienen una relación existencial más íntima con Cristo y, por tanto, deben vivir más profundamente y plenamente su sacerdocio. A este sacerdocio de los consagrados, lo llamaremos sacerdocio místico de amor o sacerdocio de amor. María es el modelo ideal de este sacerdocio. Ella participó, de modo eminente, del sacerdocio de Cristo y vivió más intensamente que los demás la misa del Calvario, llegando a ser corredentora. Ella, no sólo se ofreció a sí misma en la cruz, sino que ofreció a Aquel que

amaba más que a sí misma. Ella hizo de su vida entera una continua oblación de amor, al servicio de Jesús, viviendo con El, por El y para El.

Las consagradas también deben vivir en forma total su sacerdocio, a semejanza de María. Toda su vida debe estar al servicio de Jesús y vivir con El, por El y para El. Vivir su maternidad universal por todos los hombres, pero en especial por los sacerdotes, a quienes deben amar con todo su amor, como María. Es preciso que hagan de la Eucaristía el centro de su vida y se ofrezcan como víctimas de amor, como flores de Jesús, sin condiciones. Esto supone aceptar todos los sufrimientos que su amor les envíe. Los sufrimientos son joyas del cielo, que les abren el Corazón de Dios y son el mejor medio de asemejarse a su esposo Jesús. También es el mejor regalo que Jesús puede dar a sus esposas, ya que el sufrimiento es el alma del amor; y cuanto más sean capaces de sufrir por El, más le demostrarán su amor y más unidas estarán a su Corazón. *“El amor es la plenitud de la ley”* (Rom 13,10) El amor es vida, es Dios en el alma. El amor dará sentido a su vida y plenitud a su sacerdocio.

Hay consagradas que hacen voto de abandono, de lo más perfecto, de víctimas. Esto puede ser conveniente en la medida en que las hace más conscientes de su gran compromiso con Jesús y las almas para vivir mejor su vocación sacerdotal. Ellas por el bautismo, confirmación y consagración religiosa ya son plenamente de Jesús y le pertenecen totalmente. Sin embargo, en la práctica, al comprobar su debilidad, sus imperfecciones y sus miedos al sufrimiento y a la entrega total, necesitan algo que las estimule a vivir más perfectamente este ministerio de amor en el mundo.

Así como María está siempre presente en la celebración de la misa, así las consagradas sentirán la necesidad de asistir a la misa diaria y de estar unidas con María al Corazón Eucarístico de Jesús y con El a todo el Universo. Tendrán un corazón eucarístico, universal, sacerdotal, pero no olvidemos que Jesús en la Eucaristía está en estado de víctima y ellas deben ser Eucaristía de Jesús. Esto significa estar en unión íntima con El. Unir su voluntad a la suya por la obediencia, su sangre a la suya, su dolor a su dolor, su amor a su amor, su vida a la suya. De modo que puedan decir de verdad como S. Pablo: *“Ya no vivo yo es Cristo quien vive en Mí”* (Gal 2,20).

Veamos lo que decía sobre el sacerdocio místico Mons. Luis Ma. Martínez, arzobispo de México, en carta dirigida a la M. Ma. Angélica Alvarez Icaza, religiosa de la Visitación: *“Jesús quiso perpetuar su sacrificio del Calvario de dos maneras, en el altar y en las almas. En el altar se celebra la inmolación mística del cuerpo real de Jesús, y en las almas la inmolación real del cuerpo místico. De aquí que hay dos participaciones del sacerdocio de Jesús, ya que cada sacrificio supone un sacerdocio: el sacerdocio oficial y el sacerdocio místico.*

El alma, que participa del sacerdocio místico, necesita la transformación en Jesús, puesto que la perfección del sacerdocio exige la unión transformante. El Jesús, que nosotros ofrecemos, es el que por la fuerza omnipotente de las palabras de la consagración está bajo los accidentes de pan y vino. Pero el Jesús que ofrecen las almas que tienen el sacerdocio místico, es el Jesús que vive en ellas.

El sacrificio místico de estas almas tiene su ofertorio, cuando se ofrecen como víctimas, su consagración cuando se transforman en Jesús y se inmolan con El, su comunión, cuando se dan en comunión al Padre para glorificarlo y salvarle almas.

El sacerdocio místico está destinado a ayudar al sacerdocio ministerial, como éste a producir aquél. Las almas víctimas tienen que suplir nuestras deficiencias y tienen que alcanzarnos las gracias que necesitamos para ejercer santamente nuestro sacerdocio. Y el nuestro tiene que producir como fruto maduro y precioso esas almas sacerdotales, pues así como la bellota, que brota de la encina, produce otra encina, la Eucaristía tiene que producir eucaristías y el sacrificio del altar los sacrificios de las almas".

La misa del corazón

La misa única de Jesús, que tuvo su punto culminante en el Calvario, sigue haciéndose viva y actual entre nosotros al celebrar la Eucaristía. Y esta Eucaristía produce muchas eucaristías en las hostias consagradas, en las que Jesús sigue celebrando su "misa", ofreciéndose al Padre por la salvación del mundo.

Cuando nosotros comulgamos, y mientras están presentes en nosotros las especies sacramentales, Jesús sigue celebrando la "misa" en el altar de nuestra alma. Podríamos decir que la misa de Jesús se prolonga en nuestras misas y que éstas se prolongan en las "misas" de las hostias consagradas y en la del altar de nuestra alma, al comulgar.

Ha habido santos que han recibido la gracia inmensa de ser sagrarios vivientes, de tener permanentemente la Eucaristía en su cuerpo. Así nos lo cuenta, por ejemplo, S. Antonio Ma. Claret: *"El 26 de Agosto de 1861, hallándome en oración en la Iglesia del Rosario, en la Granja, a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales y tener siempre, día y noche, el Santísimo sacramento en el pecho"*. En este caso, el alma puede vivir su "misa" ininterrumpidamente, uniéndose a la "misa" que Jesús sigue celebrando en su "corazón".

Sta. Teresa de Jesús nos cuenta que *"una vez, acabando de comulgar, se me dio a entender cómo este Sacratísimo Cuerpo de Cristo lo recibe su Padre dentro de nuestra alma y cuán agradable le es esta ofrenda de su Hijo"* (CC 19). En nuestro caso, debemos prolongar la "misa" de nuestra alma hasta la próxima comunión, anhelando fervientemente recibir a Jesús, haciendo constantes comuniones espirituales y esperando con alegría y esperanza la comunión de cada día. De este modo, nuestra vida entera será una comunión espiritual con Cristo, una misa permanente, una misa de amor y sentiremos una necesidad "vital" de la misa y comunión diaria.

En cada momento, podemos dirigir nuestra mirada a Jesús, que vive en nosotros y ofrecerle todo lo que hacemos, somos y tenemos para que *"El nos transforme en ofrenda permanente"* (Pleg III), víctimas por el amor.

Víctimas de amor

En la misa, Jesús se ofrece al Padre como víctima y nos quiere asociar a nosotros también como víctimas de amor.

En las Plegarias eucarísticas decimos: “*Acéptanos a nosotros, Padre santo, juntamente con la ofrenda de tu Hijo*” (Rec II) para que “*seamos con Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria*” (IV). “*El se ha puesto en nuestras manos para que te lo ofrezcamos como sacrificio nuestro y junto con El nos ofrezcamos a ti*” (niños II).

Por ende, es preciso que, ya en el momento del ofertorio, nos ofrezcamos a nosotros mismos con el pan y el vino “*para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios Padre Todopoderoso*”. Acerquémonos, así preparados, al momento cumbre de la misa y vivamos plenamente conscientes, las palabras de la consagración:

JESUS

Tomó pan.- El pan es nuestra vida que El toma con cariño entre sus manos para transformarla. El nos llama a la santidad y sigue confiando en nosotros.

Dándote gracias.- Le da gracias al Padre y lo bendice por nuestra vida, nuestra vocación....

Lo partió.- Así como Jesús se "partió" a sí mismo por la salvación del mundo y fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz, así nosotros, almas consagradas, debemos dejarnos "partir" por Jesús. Debemos deponer cualquier rigidez ante Dios, cualquier rebelión, romper nuestro orgullo, doblegarnos a su voluntad, decirle SI, obedecer.

La Eucaristía se llamó también "fracción del pan". Ser Eucaristía con Jesús, significa abandonarse completamente a su voluntad. El sabe el camino....

Y lo dio sus discípulos.- Nuestra vida es para los demás, sufrimos en favor de los demás.

Tomad y comed ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros.- Es como si dijéramos: Esto es mi cuerpo, esta es mi vida, que entrego y ofrezco por vosotros. Estoy dispuesto a sufrirlo todo, a darlo todo con tal de que su voluntad se cumpla en mí. Me entrego sin condiciones por la salvación del mundo. Tomad y comed, todo mi amor y toda mi vida es para vosotros.

ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE. Sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados.

Quiere decir que estamos dispuestos, incluso, a derramar nuestra sangre y perder la vida por todos nuestros hermanos. Sobre todo, debemos estar dispuestos a la muerte lenta de cada día, muriendo a nuestros egoísmos y pecados y aceptando los fracasos, enfermedades y humillaciones o limitaciones.

Haced esto en conmemoración mía.- Significa hacer realidad en nuestra vida el sacrificio de Cristo, hacer de nuestra vida una Eucaristía permanente, eucaristizando todo lo que hacemos.

Supongamos que somos incomprendidos y "partidos" por las críticas injustas, las oposiciones declaradas, el carácter difícil de los hermanos, si lo ofrecemos al Señor, estamos celebrando una eucaristía con El. Cuando realizamos un trabajo escondido y no valorado con mil pequeños detalles, que dan la impresión de que no hacemos nada importante o creemos que ha sido un día perdido, si lo hacemos por Jesús, con El y en El, ese día también es eucaristía. Cuando aprendemos a decir continuamente: Esto es mi Cuerpo y ofrecemos nuestros dolores y todo lo que hacemos a Jesús, y resistimos las tentaciones y glorificamos a Dios con nuestro cuerpo, entonces, también estamos celebrando una misa con Jesús. Y siempre que la caridad nos lleva a ayudar a nuestros hermanos y a todos los que están en necesidad, somos otros Jesús en el mundo y hacemos de nuestra vida una eucaristía viviente.

De esta manera, podemos celebrar la misa de amor de nuestra vida con un constante: *“Por Cristo, con El y en El, a ti Dios Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. AMEN”*.

Sacerdotes y almas consagradas

Ambos participan del mismo sacerdocio de Cristo, aunque de modo diferente. El uno es ministerial, el otro es sacerdocio místico de amor. El uno es visible, el otro invisible; el uno externo, el otro interno; el uno está marcado por un sello indeleble, el otro no; en uno hay identificación “ontológica” con Cristo en la misa, en el otro no.

Sin embargo, a las almas consagradas les corresponde de modo extraordinario la acción íntima y fecunda de la inmolación, de la oración, del amor, del dolor salvador. Ellas, con su ministerio de amor universal, dan un sentido sacerdotal a su vida. Ellas tienen un corazón maternal para todos, en especial para los sacerdotes. Ellas son el alma del sacerdocio ministerial. ¿Qué sería de los sacerdotes sin su ayuda? Mutuamente tienen que apoyarse, orar, reparar, ofrecerse. Ambos sacerdocios, el de Jesús y el de María, el de los sacerdotes y el de las almas consagradas, están llamados a estar unidos, a vivir el uno para el otro. Ambos se necesitan mutuamente, y son complementarios, como lo son el hombre y la mujer en el plan de Dios. Ambos, unidos, deben dar fecundidad a la Iglesia.

Tanto los sacerdotes como las consagradas deben sentirse responsables de la Humanidad y llevar sobre sus hombros el peso del mundo. Ellos como Jesús y María, deben celebrar juntos la misa, unir sus almas en una sola ofrenda, como dos llamas unidas, y hacer de la misa una hoguera ardiente, que incendie el mundo entero. Ambos necesitan vivir en el mismo Corazón eucarístico de Jesús por medio de María y pedir para el mundo un nuevo Pentecostés de amor.

SEGUNDA PARTE

TESTIMONIOS DE VIDA CONTEMPLATIVA

Comenzaré por dar mi propio testimonio. Después copiaré algunos testimonios más representativos de religiosas contemplativas, en los que manifiestan cómo viven su vocación sacerdotal por todos los hombres y, en especial, por los sacerdotes.

A todas ellas, a todas las contemplativas, a todas las almas consagradas sin excepción, mi agradecimiento por su dedicación, su amor y su entrega en favor de los sacerdotes. Debemos estar siempre unidos en la oración y en la misa de cada día. Por mi parte, les prometo una oración en cada Eucaristía.

Soy Sacerdote

Y sacerdote por la eternidad. Tengo una dignidad superior a los ángeles. Vivo en íntima unidad con Jesús en cada misa. El cielo y la tierra se arrodilla para adorar a Dios, que se hace presente entre mis manos. Los ángeles, los santos, las almas del purgatorio están presentes conmigo en cada Eucaristía. No soy un desconocido para ellos.

Soy tan importante para Dios que me ha confiado la salvación de millones de almas. Todos los días en la patena, le ofrezco el mundo entero, mis hermanas contemplativas, las almas consagradas, mis hermanos sacerdotes. Debo ser santo para ellos.

Debo vivir en plenitud mi sacerdocio, con una pureza total, para identificarme plenamente con Cristo y llegar al matrimonio espiritual y a la unión perfecta con El. Debo ser Jesús en la vida y la muerte, en la misa y en la vida diaria. Ser Jesús por medio de María.

Después de veinticinco años de sacerdote y de haber pasado por momentos de crisis, en que pensaba abandonar el ministerio, puedo decir que me siento feliz de ser sacerdote. Con frecuencia, le digo a Jesús: GRACIAS, POR SER SACERDOTE. Y me parece intuir que lo hago feliz. ¡Cómo suspirará por aquel día en que todos los sacerdotes del mundo se sientan felices de su sacerdocio y valoren su gran dignidad sacerdotal! ¡Cuánta tristeza para su Corazón, al verlos tristes y desanimados! Pidamos mucho por los sacerdotes.

Gracias, Señor, por mi sacerdocio. Gracias también por el sacerdocio de mis hermanos. Dales a todos los sacerdotes la gracia de vivir con alegría su sacerdocio, de entregarse sin temor a tu Amor, de ser agradecidos por el don sublime de “su” sacerdocio, de “tu” sacerdocio, de “nuestro” sacerdocio común.

Consagración del sacerdocio al I. C. de María.

Virgen María, Madre de Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, hoy te consagro mi sacerdocio a tu Inmaculado Corazón y te pido que se lo presentes a Jesús para que viva siempre contigo en su divino Corazón.

Quiero ser otro Cristo en el mundo, una pequeña copia de Jesús, el Buen Pastor, "que dio su vida por sus ovejas". Quiero que mi vida sea una ofrenda permanente al Padre, una misa continua. Quiero ofrecer cada día en la patena de mi corazón el peso de las almas: sus gozos y esperanzas, sus miserias, sus luchas y sus penas.

Madre mía, Lléname de tu pureza inmaculada, ayúdame a vivir mi sacerdocio con un renovado espíritu de oración y penitencia, con la máxima fidelidad a Cristo y a la Iglesia y en la celebración gozosa de cada Eucaristía. Intercede por mí para que el Espíritu Santo me inunde con su poder y me transforme cada día en la imagen perfecta de JESUS, para gloria del Padre.

Bendice, Oh Madre, con Jesús a todos los sacerdotes del mundo. Amen.

Ofrenda sin condiciones

Mi alma necesita volar a la región en que Dios mora y vivir ya en la plenitud del Amor. Me siento físicamente muy cansada, mi corazón está un tanto mal, aunque aún sirve para amar. Le pido a El que me haga morir en un total acto de amor. Mi ofrenda por los sacerdotes fue sin condiciones y para siempre.

Mi camino a Dios ha estado siempre cuajado de zarzas y espinas. La cruz de la incomprensión ha sido muy pesada sobre mis hombros, Pero, muy pronto, experimenté el vacío de todo lo que no es El. Esto me ayudó a comprender lo caduco que es el hombre y me ayudó a buscar a Dios con toda mi alma. El dolor y la alegría parecían correr juntos, pero el primero se adelantó y con mucho a su compañera. Mi alma sangraba, pero, aún así, mis ocurrencias y carcajadas seguían haciendo reír a mis hermanas. Mi pobre naturaleza se empezó a resentir y enfermé del pulmón y del vientre, y mi calvario empezó en serio. Yo era entonces joven y no me gustaba quejarme. Esto les parecía mal a mis hermanas...

Fue por aquel entonces, cuando me ofrecí por los sacerdotes y El me aceptó. El siete de Junio me puse en sus manos y en octubre ya era ya un cacharrito. La fiebre y la tos me delataron y tuve que guardar cama y reposo total, durante seis meses. Mi cruz crecía y, poco a poco, la fui conociendo y amando mejor. Mi alma estaba en la más completa oscuridad, caminaba a tientas. Me creía o me sentía rechazada por Dios. Mi vida era un total vacío, un sin sentido, una condena clara y sin remedio. Con todo, a pesar de mi angustia, no sentía desesperación, seguía esperando sin saber qué. Las noches las pasaba de rodillas ante el crucifijo de mi celda. Sólo le decía: Amor mío, no puedo más, mándame alguien que me ayude.

Alguna vez pensé que mi vida era una farsa y que debía marchar del convento. Pero ¿a dónde? No sabía. Sólo podía esperar y, aunque tropezando y cayendo sin más ayuda que la noche cerrada y el total silencio de lo alto, dando pequeños pasos en la oración, seguí a paso de tortuga, el caso era no parar. Esto mismo lo hacía inconscientemente, como llevada y sin darme cuenta de esto mismo. Alguna vez, en medio de tan cerrada oscuridad e impresionante silencio, me parecía ver una pequeña centellita en la lejanía y me decía: ¿será El? Mas, de pronto, desaparecía y la angustia crecía. ¿No sería una temeridad seguir empeñada en el camino? ¿gritar? Volvía a mí el eco de mi grito, haciendo tambalear hasta lo más profundo de mi ser. Sólo podía

esperar, pero sin parar. Me parecía que detenerme, en tal circunstancia, sería la muerte y, aunque a rastras, seguía.

Una noche, me parecía ir por un camino muy largo, difícil y solitario. De pronto, se formó una nube con rayos y truenos, acompañados de un fortísimo aguacero y granizo. No tenía donde refugiarme y, como siempre, seguía mi camino sin parar, pero también sin saber a dónde iba (no sin saber a dónde ir). Para mí esto es lo grande, que nunca me pregunté ni me preocupó el porqué del porqué de todo esto. Sólo quería seguir y seguía mi camino como guiada por una fuerza que sin ser mía estaba en mí. Tuve la impresión de que alguna prueba especial me esperaba y así fue.

Una noche en 1974, bajando la escalera del coro, fui tirada al suelo por el enemigo, dándome fuertes golpes en todo el cuerpo con palabras sucias. Ya hacía tiempo que me venía molestando con ruidos, poniendo en mi boca blasfemias que ni las había oído en mi vida ni mi corazón las sentía. Esto me hacía sufrir mucho, y lo fui pasando en silencio y angustia. Al mes siguiente, fue la segunda vez que me volvió a tirar y darme golpes tan fuertes que al día siguiente no pude levantarme. Pero todo pasó como que eran los dolores de siempre, de la columna. Desde entonces fue una guerra sin cuartel la que me declaró.

Ahora me siento tranquila, porque toda aquella prueba pasó y me siento feliz de haber entregado mi vida por los sacerdotes. Mi ofrenda fue sin condiciones y no me arrepiento. Fue como tirarse de cabeza al vacío, confiando en El, y ahora sé que caí en su Corazón divino. Allí conocí también a la dulce Mamá. Quiero estar con Ella y con Jesús, cantando por toda la eternidad las alabanzas del Tres veces Santo. ¡La quiero tanto! La siento a mi lado y sé que me escucha y me ayuda y me ama.

Ella es la patena en que pongo mis dolores y mi amor para que los presente a Jesús por los sacerdotes. Y me siento muy feliz de haberme entregado por ellos como esposa de Jesús.

Me ofrecí por ellos

La santificación de los sacerdotes ha sido siempre el centro de mis oraciones y de mi ofrecimiento cotidiano. En una ocasión, estaba visitando a mi familia en el norte de Italia (era entonces de vida activa) y me enteré de que un sacerdote, ordenado hacía pocos años y al que habíamos hecho una gran fiesta en la parroquia, había dejado el ministerio de mala manera y se había casado. Esto me dolió mucho y, de repente, me vino la inspiración de ofrecer mi vida por él y por todos los sacerdotes que se encuentran en peligro. Fue algo espontáneo. Al Señor le agradó mi ofrecimiento y me envió sufrimientos en abundancia.

Me causa mucho dolor la noticia del abandono de sacerdotes y religiosos de su vida de consagrados. Quisiera cargar sobre mí este sufrimiento para que Jesús no lo sintiera. Me gustaría comprar con mi propia sangre, unida a la suya, la fidelidad de todos sus ministros. Quisiera ser una vela que arde y se consume incansablemente en la presencia de Dios, para ser luz para tantas almas cansadas y abatidas de su consagración al Señor. Quiero ser un cirineo para cargar con todos sus cansancios y sufrimientos.

Cada día que pasa, siento más la necesidad de ser una hostia viva, que se ofrece con Jesús al Padre por los sacerdotes. Quiero que, por mi oración y por mi amor, se despierten cada día con un corazón joven y fresco, lleno de rosas, para perfumar el mundo con la alegría y la sonrisa de su entrega generosa.

Cuanto más aumenta mi amor a Jesús, más cariño siento por sus sacerdotes. Mi amor por ellos es una prolongación del amor que siento a Jesús. El día de Jueves Santo mi oración se centró en la Eucaristía y en el sacerdocio. ¡Cuánto recé por los sacerdotes para que se parezcan cada vez más a Jesús! Saboreaba la dicha de ser amada por Jesús. Sentía que un rayo de luz salía del sagrario y se fundía en mi corazón. ¡Lo amo tanto! Los dos estamos enamorados. El sagrario es el centro de mi vida, ahí está el amor de mi alma, el esposo de mi corazón. El me enseña a amar a todos los sacerdotes con un amor maternal, como María.

Orar por ellos

Cuando yo era joven, tenía un amigo de mi mismo pueblo (en Dinamarca). Ambos éramos de la misma edad y convertidos del protestantismo. El se hizo sacerdote y yo religiosa contemplativa. A los pocos años él se retiró del ministerio y yo sentí la necesidad de orar por él. Al poco tiempo, se hizo de nuevo protestante y se casó, ejerciendo su ministerio como pastor. Su matrimonio fracasó y vivió solo y triste. Perdí el contacto con él por mucho tiempo. Pero un día, hace dos años, inesperadamente, me llamó por teléfono. Hablamos durante media hora muy bien y me dijo que había vuelto a Dios y que tenía un pequeño altar en su habitación (quizás celebraba misa algunas veces en su soledad).

Había tenido muchos problemas en su vida y no había sido feliz y cayó enfermo de SIDA por su vida disipada. Sin embargo, estoy segura de que, al final, se encontró con Dios, como me lo confirmó en su llamada, y que mis oraciones habían sido escuchadas. Por eso, quiero hacer de mi vida una continua oración por ellos para que sean fieles y sean santos.

Sacerdote de amor

Después de mi profesión, con el apoyo de mi director espiritual, me consagré a María y, por medio de María, me consagré a Jesús como víctima por los sacerdotes. En 1986 hice voto de lo más perfecto con permiso de mi director. A partir de 1989, Jesús se comenzó a manifestar a mi alma de un modo totalmente nuevo. Lo sentía siempre a mi lado. Era como estar en un cuarto oscuro y saber con certeza que alguien está allí sin verlo ni oírlo.

Con frecuencia, experimentaba sus caricias, especialmente en la misa y en el rezo del oficio divino. Estas caricias las siento hasta hoy mismo. En este preciso momento, en que escribo, mi adorado Jesús está aquí. Siento que me envuelve con sus brazos divinos. Es algo maravilloso. Toda la felicidad del mundo no es nada comparada con una sola caricia de Jesús. Y si esto es así en la tierra ¿qué será en el cielo? Sus caricias son como dardos de amor, que traspasan mi alma y la empapan de amor. Mi misión es amar al Amor y comunicar su amor a todos los hombres. Quiero ser sacerdote de amor entre los hombres. Estoy enamorada de Jesús y lo amo con locura y, desde que me consagré a El, sólo vivo para El y me siento la persona más feliz del mundo. Si en

esta tierra me siento tan feliz de amarlo ¿qué no será poseerlo y amarlo por toda la eternidad?.

Gracias, Señor, por mi vocación religiosa, gracias por aceptarme como víctima de tu amor por los sacerdotes. Quiero que todo mi amor sea para ellos como un bálsamo que los cure, que los consuele, que les dé fuerza en su caminar. Ayúdales, Señor, estoy dispuesta a todo lo que tú quieras con tal de que ninguno de ellos se pierda. Que sean santos. Y gracias también por todas tus caricias y tu amor. Gracias, por compartir conmigo un poquito de tu Pasión.

Un ministerio de amor

En el convento, Jesús me ha dado muchos regalos de amor, pero también su cruz. Yo me consagré totalmente a El y le pedí ser humillada y despreciada. Y El me ha hecho compartir su Pasión para salvarle almas. Actualmente, vivo mi vocación, especialmente por los sacerdotes. En una ocasión, Jesús me hizo ver su divino Corazón y dentro de El estaban los sacerdotes y me hizo comprender, de manera inefable, el misterio del sacerdocio y hasta la gloria y recompensa que después tendrán. Por eso, deseo vivamente ayudarlos. Ese es mi mayor anhelo y mi debilidad. Ellos son mi gozo y mi cruz de cada día. Por ellos oro y sufro, por ellos extendiendo permanentemente mis manos vacías a Jesús para que me las llene.

Nunca podré agradecer bastante a Dios mi vocación. No hay palabras para describir mi felicidad. Vivo en un ininterrumpido cántico de amor, porque el reconocimiento de mi nada me lleva al agradecimiento. Soy inmensamente feliz. Mi felicidad es Dios y mi mayor deseo es ser transformada por El. En la soledad y el silencio de mi celda o del sagrario, yo le canto desde lo más profundo de mi ser y mi alabanza secreta llega hasta las almas.

Me consuela mucho vivir en profundidad la consagración de la misa en cada momento del día o de la noche. Jesús se ofrece al Padre en cada misa y me ofrece con El. Parece como si me perdiese con El en la patena y me hiciese una con El. ¡Es algo tan sublime! Mi vida es un misterio y un **ministerio de amor** por todos, y, es especial, por los sacerdotes.

Una misa viviente

Yo pertenecía a una Congregación de vida activa, fui misionera en África por muchos años y, desde muy joven, sentía una inclinación muy profunda a la vida contemplativa. Antes de hacer mi profesión perpetua, lo consulté a un sacerdote y me dijo que me olvidara de eso, pues era una tentación del demonio. Yo obedecí, pero mi pobre alma sufrió mucho. Había algo en mí que no me dejaba tranquila, pero viví con alegría y responsabilidad mi vocación misionera.

Un día de 1959 escuché la voz de mi Jesús, que me decía en mi interior: "Tú entrarás en un convento contemplativo, yo te ayudaré". No se lo dije a nadie y seguí mi vida normalmente. Al poco tiempo, otra vez, escuché su voz, que me dijo: "Escribe al convento de N.N.". Escribí y, para mi sorpresa, todo fue tan fácil que, al poco tiempo, ya estaba en aquel monasterio, gracias a la comprensión de mis Superiores.

Al día siguiente de mi entrada, le dije a Jesús en la comunión: *“Hazme una gran santa. Te quiero amar con todo mi corazón”*. Durante estos 34 años he sido la esposa de Jesús crucificado, clavada con El en la cruz, pero me siento feliz. Yo me ofrecí a Jesús por la Iglesia y por los sacerdotes y El me tomó la palabra. He sufrido mucho en mi vida, Jesús metió mi pobre gotita de agua en el cáliz de su sangre y me hizo vivir la misa y participar de su Pasión. Mi vida ha sido una santa misa de amor, una misa viviente en unión con el Redentor ¡Y soy feliz!.

Alma sacerdotal

Quiero ser santa, una gran santa. Estoy plenamente enamorada de Jesús. El me enamora con tantas cosas bellas que hay en el mundo. Esta mañana, durante la hora de adoración en Comunidad, he tenido un sentimiento de amor tan grande que quería abrazar a todos los hombres con Jesús. Era bello y doloroso a la vez.

Siento sed de Jesús, sed de almas, de salvar a los pecadores. Procupo unirme a todas las misas que se celebran en el mundo y ofrecerme en ellas a Jesús. Cuando estoy en la capilla, trato de sumergirme en el paraíso de amor del tabernáculo y fundirme en un abrazo de amor con Jesús, que quisiera fuera eterno. Soy víctima de su amor y todo lo sufro y ofrezco por su amor. Con frecuencia, siento que Jesús me abraza y me acaricia. Hay días en que, estando en oración, me parece vivir en el centro mismo del Amor. Me veo como bañada en una luz profunda muy suave y sencilla. Esto lo experimento en el centro mismo del alma, en su misma sustancia. Es un estado de paz profunda, en el que Dios me posee por completo y allá, en lo íntimo de mi alma, oigo una dulce voz que me dice: **Dame tu amor.**

Oh Jesús del sagrario, dame un alma sacerdotal. En ti quiero vivir y morir. Quisiera que mi corazón fuera un copón. En ti encuentro mi paz y alegría. No puedo vivir sin ti.

Un día, al momento de arrodillarme ante el sagrario, le dije a Jesús:
“Oh Amor mío, abrázame con tu amor”. En ese mismo momento, un rayo de amor inundó mi alma como una llama ardiente y lloraba mucho, me caían gruesas lágrimas por mis mejillas. ¡Me sentía tan feliz! Sentía el abrazo cariñoso de Jesús a mi alma. Es algo que no lo puedo describir.

Me siento inmensamente feliz y quiero hacer de mi vida una ofrenda de amor, quiero tener un alma sacerdotal y engrandar a Jesús en las almas, ser madre de las almas.

¡Oh Amor eterno de mi alma! Quisiera amarte con tu mismo Corazón y ser un volcán de fuego. Quisiera convencer a las almas de que Tú eres Amor y que las amas con un amor eterno y sin fin. Tú eres el alma de mi alma, el corazón de mi corazón, luz de mi luz, vida de mi vida. Tú lo eres todo para mí.

Canto a la Eucaristía

¡Oh Jesús Eucaristía! Te abriste a mi vida joven con la novedad de un mundo nuevo. Eras el Amor encarnado y silencioso en esas especies de pan, que hicieron de mi vida, sin grandes ideales, una fascinación maravillosa.

Te encuentro en el sagrario, vivo y palpitante. Tú eres la razón de mi vivir y, sin darme cuenta, me siento contigo como eucaristizada. Cada día mi interior se abre a tu acción fecunda con la alegría y frescura de un nuevo amanecer, al verme amada con un desbordamiento infinito. No sé cómo explicar esto. Me parece que vivimos el uno para el otro. No falta en esta alianza el sello de la cruz. El Padre nos la regala como un presente de bodas y nos une en ella.

Me haces experimentar tu fortaleza y tu fidelidad y me haces feliz. Nuestro tiempo pasa en un mirarnos silencioso. Me das tu pan y yo la harina de mi trigo, quemado al sol de tu amor, para que hagas de mí una hostia inmaculada y comulgamos en un intercambio maravilloso.

A veces me introduces en la “noche”. Siento cómo mi cuerpo toma tierra en una especie de desierto y experimento todo el peso de mi carne de pecado. Entonces, toda la dulzura se convierte en desolación. Me llevas por caminos desconcertantes. Pero TE AMO. Tengo la certeza de que TÚ, Jesús, eres lo único importante y que Tú me diriges por todos los caminos. Tú haces de mi vida una Eucaristía y contigo soy alabanza y ofrenda del Padre.

Sacerdote con los sacerdotes

Desde mi bautismo me siento miembro de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Sentirme sacerdote con Jesús es la fuerza motriz de mi vida y lo que me empuja a una entrega total "pro eis". Me siento sacerdote con los sacerdotes. Yo soy vuestros ojos, vuestra lengua, vuestras manos, vuestros pies, vuestro corazón. Vuestras penas son mías, vuestras luchas son mías, vuestros gozos son míos, vuestras conquistas son mías. Yo no tengo nada que me pertenezca, todo se lo entregué y he salido ganando, pues le tengo a El.

Me siento totalmente realizada en Cristo. Mi vida es por vosotros y, aunque tuviera mil vidas, todas las daría por vosotros. Soy sacerdote con los sacerdotes. ¿Puedo desear algo más? Nos damos cita en el Corazón Eucarístico de Jesús, allí nos encontraremos cada día. Allí estaremos unidos también con María.

Vida sacerdotal

Hace varios años en una visión deliciosa, se me presentó la Santísima Virgen con un objeto muy bello entre sus manos y me dijo que era el sello sacerdotal. Era como una hostia de alabastro, en la, cual estaban grabadas, como con rubíes rojos, las tres iniciales JHS. Lo aplicó fuertemente sobre mi corazón y allí quedaron grabadas para siempre. Y me dijo: “Así marco a las almas sacerdotales, continuadoras de la obra de mi Hijo en la tierra. Nunca se borrará este sello de ti y será una de las joyas más preciosas que conservarás en el joyel de tu alma”. Y añadió: “Es un sello indeleble que brilla magníficamente en el cielo y que arde y tortura terriblemente en el infierno a los condenados”.

Desde ese día, me considero partícipe del sublime y único sacerdocio de Jesucristo y siento la necesidad de ofrecer cada día el divino sacrificio en el altar de mi alma con adoración, alabanza y amor.

En una ocasión, en visión interior, vi a Jesús que celebraba la misa en mi alma con la hostia que recibía en la comunión. Y me dijo: *“Yo celebro una misa en tu alma con la hostia que tú recibes”*. De ahí que mi vida en su totalidad debe ser, hasta en los actos más insignificantes, una preparación para esta "transustanciación" diaria que se opera en mi alma. Y así como Jesús en todos sus actos obraba como sacerdote y eran actos sacerdotales por su unión con el Verbo, de la misma manera, quiero que mi vida sea una vida sacerdotal por mi unión con Jesús, Sacerdote Único y Eterno. Yo participo místicamente de su sacerdocio y quiero celebrar con El la misa mística que celebra en mi alma. He recibido su sello sacerdotal y quiero vivir totalmente para El.

Misa Mística Perpetua

Desde que tengo conciencia de la presencia de la Santísima Trinidad en mi alma (cuando era postulante en 1942 en un país asiático), mi deseo más grande ha sido siempre honrarla, amarla y adorarla lo más dignamente que puedo y vivir con intimidad con mis Amados TRES por medio de lo que yo llamo la misa mística perpetua.

En cualquier momento, del día o de la noche, dirijo mi atención al interior de mi alma y le pido a Jesús que reciba mi ofrenda. Le ofrezco la acción del momento presente, sea la que sea, en unión con todo mi ser. De esta manera, Jesús une mi pequeño ofrecimiento a su infinita oblación y los dos juntos la ofrecemos para gloria de la Trinidad, que vive en mí. Así santifico todo lo que hago y prolongo en mí la misa que ofrezco cada mañana con el sacerdote.

En esta misa mística, que se celebra en el fondo de mi alma, le llevo a Jesús todo, la Iglesia, mis hermanas de Comunidad, lo que estoy haciendo.... en una palabra, mi vida, el mundo, la humanidad. Cuando sufro, es cuando vivo más intensamente esta misa de mi corazón, pues participo de la Pasión de Jesús.

Vivir la misa mística perpetua es vivir en íntimo amor y oblación con Jesús. Todos los momentos del día son como gotitas de agua que Jesús une a su gran oblación y esto me hace más conciente y responsable para cumplir fielmente mis deberes de cada instante. De este modo, también me es más fácil el recogimiento interior, sobre todo, en la misa y comunión de cada día, que son para mí una necesidad vital.

¡Qué contenta y agradecida estoy a Nuestro Señor por este gran don de compartir mi vida con El y unirme a su perpetua oblación!. Esto hace que viva en continua oración y en un total abandono a su Providencia sobre mí, que me da mucha paz y serenidad en las pruebas y sufrimientos. A veces, siento una paz tan maravillosa en el hermoso palacio de mi alma, que me es imposible describirla con palabras. Mi último suspiro quiero que sea el acto supremo de oblación de mi misa mística en la tierra, que espero prolongar con Jesús por toda la eternidad.

Ofrecimiento diario

Oh Jesús divino, Hostia santa, Sacerdote eterno. Yo te amo y quiero ofrecerte mi corazón como “altar vivo” sobre el cual te pido que te dignes celebrar sin cesar tu sacrificio místico.

Concédeme la gracia de permanecer siempre fiel a ti y que jamás abandone el templo y el altar de mi corazón, sino que permanezca siempre ahí contigo para gloria de la Trinidad. Que mi vida sea una misa mística perpetua para alabanza de tu gloria.

Esposa del Amor

Desde los primeros años de mi vida religiosa, mi devoción se centró en la Santísima Trinidad. Bastaba recogerme un poquito en mi interior y sentía su amorosa presencia en el fondo de mi alma. A veces, necesitaba retirarme a la celda por unos momentos para evitar que se dieran cuenta las hermanas.

Estos divinos impulsos llegaban a su colmo en las horas de oración y después de recibir a Jesús en mi pecho. Pensar simplemente en la INMENSIDAD de Dios era suficiente para abismarme por completo en la divinidad, de tal modo que me pasaba las horas de oración, de rodillas, sin sentirlo.

Quería estar a solas con El en el sitio más oculto de la tierra. En esos momentos, me parecía que me atravesaban el corazón de una parte a otra con un rayo de fuego. Era un doloroso y amoroso martirio, que no quería que terminase. Deseaba vivir crucificada para identificarme con mi Jesús y sólo deseaba darle gloria a cualquier precio, incluso renunciando a toda clase de consuelos.

Estando un día en la oración de la tarde, sentí un dolor intensísimo de mis pecados. Este dolor aumentaba a medida que iba creciendo el conocimiento de su grandeza y santidad infinitas. Llegó un momento en que noté que el divino Espíritu recorría todo mi interior, y me arrebató el alma con tal fuerza que sentí como que me hiciesen una herida de fuego. Un fuego que limpió todas las manchas que afeaban mi alma y la dejó brillante y transparente como antes de pecar. No me explico cómo pude resistir estos torrentes de amor, que me abrasaban sin consumirme.

Después de todos estos incendios de amor, comencé a sentir que mi alma era arrebatada y colocada allá en la eternidad, antes de la creación. No sé decir cómo se obró en mí esta gracia tan especial, pues fue un favor del todo divino, puramente sobrenatural, que para mí no tiene explicación.

Sin saber cómo, notaba que mi alma atravesaba los siglos y la colocaban en el abismo de la eternidad. La divina Esencia, se extendía en la inmensidad del espacio, que todavía no era creado. Este divino horizonte era el que se representaba a mi alma y me sostenía. Anonadada hasta el polvo, contemplaba a mi Dios Padre, y El se me manifestaba como principio fontal, no sólo de las cosas, sino de su Verbo y del Espíritu Santo. ¡Mi gozo era indecible!

Y yo, ante estas finezas, experimentaba gran confusión y vergüenza, y acudía a mi Madre querida y a los santos y ángeles. Pero todavía no habían sido creados y así,

me encontraba yo sola, frente a frente a la adorable Trinidad, sumergida en Ella misma. ¿Cómo Dios no temería que su hijita profanase sus tesoros? El conocimiento del Ser Divino, su Grandeza, su Pureza y Santidad me hacían penetrar cada vez más en el abismo de mi nada y pequeñez.

Otro día, se me representaron las Tres divinas personas. Sin saber por qué me fijé con predilección en el Espíritu Santo. En El había una belleza, un encanto y un no sé qué arrobador y me quedé locamente arrebatada y prendada de El. Deseaba poseerle y se lo pedía a Dios Padre. Me había enamorado de El ciegamente y me resultaba imposible vivir sin su posesión. Llegué a tal punto de enamoramiento, que deseé celebrar con El el místico desposorio. Sin duda que a esto era El mismo el que me impulsaba y yo no reparaba en mi indignidad casi infinita para concebir tales deseos. No era dueña de mí y sólo hacía responder a un llamamiento misterioso.

Así pasé dos o tres días hasta que mis ansias se hicieron irresistibles. Le pedía y le pedía al Padre que se compadeciera de mí y me entregara al Espíritu Santo por esposo, pues ya no podía vivir sin su posesión absoluta. Esta misma petición se la hacía al Verbo y al mismo Divino Consolador, que me había herido tan profundamente con su hermosura. Entonces, escuché al Padre que me dijo: *“La esposa tiene que ser semejante al esposo y, por tanto, ha de tener las cualidades que agraden al esposo. Tú, hija mía, ¿qué tienes?, ¿cómo te atreves a tanto?”*. Corrida me quedé y llena de confusión. Pero Jesús vino en mi ayuda, me hizo sentir sensiblemente su presencia y se me entregó como herencia eterna para que lo presentara y ofreciera a su Padre Celestial, como único tesoro de que disponía . ¡Cuánto agradó esta ofrenda a su Padre!. En ese mismo momento, se efectuó nuestro feliz y eterno Desposorio con el Espíritu divino. No hubo señales externas de anillos ni nada especial, sino un gozo inmenso de estar desposada con el AMOR, de vivir la vida del AMOR, la vida de Dios, ¡Qué dulce me resultaba llamarle ESPOSO!.

¡Cómo comprendí lo que vale a los ojos del Padre la ofrenda de su Hijo Jesús, que cada día renuevo, especialmente en la MISA!. Por eso, quiero vivir en plenitud mi MISION DE ESPOSA DEL AMOR, como María, en favor de todos los hombres.

Amor sin Fronteras

Tengo 32 años. Entré en el convento totalmente decidida a seguir a Jesús hasta las últimas consecuencias. El me cautivó y me enamoró. El día de mi profesión temporal, a la hora de las ofrendas, coloqué en el altar la oración en donde me ofrecí como víctima al Amor misericordioso por la Iglesia y por los sacerdotes. Desde entonces, vivo mi consagración con la sicología de una esposa, esposa del Rey, Cristo Jesús.

Jesús me ha hecho sentir que mi vocación es "ser María", esclava del Señor, totalmente disponible a sus planes sobre mí. Me ha dado un corazón abierto hasta los límites del mundo. Por eso, quiero ser misionera hasta los extremos de la tierra. Ya me he ofrecido para ir a fundar un nuevo convento, próximamente, en tierras de misión. Me siento misionera y quiero ser un rayito de luz, que pueda penetrar hasta los rincones, donde los misioneros no pueden llegar.

El día de mi Profesión Solemne le dije a Jesús: 0 VENCER 0 MORIR. QUIERO SER SANTA. Le supliqué que tomara el timón de mi barquilla, porque no quería ser mediocre. Y Jesús me tomó la palabra. Me sometió a un proceso de purificación interior y exterior tremendo. A veces creía que Dios me había abandonado. Había momentos en que me encontraba desolada por la sequedad, las tentaciones, las incomprendiones, las humillaciones y el demonio se valía de esta situación para inquietarme y hacerme pensar que me había equivocado de camino. Sin embargo, yo me daba cuenta de que el mundo necesitaba de Dios y eso me daba fuerzas para seguir mi carrera. Además, ponía mis ojos en la Santísima Virgen y Ella me alentaba para seguir adelante.

El 12 de Noviembre de 1989 en el colmo del sufrimiento interior, con Jesús en el Gólgota, creía morir. Eran las 3 a.m. y sentí la voz de Jesús que me dijo: "*Tú serás Yo y Yo seré Tú*". Inmediatamente, me inundó una paz inexplicable, una alegría inmensa, una fortaleza de roble, una libertad de espíritu inenarrable, que persiste hasta el día de hoy. Yo sólo hacía llorar y llorar, alabando y bendiciendo a Dios. Aquel día El me transformó desde las raíces hasta donde yo nunca podía imaginar. Ahora ¡soy libre! Puedo amar a Dios con una fe más pura, y en Dios a todo el Universo. No quiero defraudar al Amor, a mi esposo Jesucristo, crucificado y resucitado por mí.

Soy un pequeñísimo grano de arena en medio del Universo, que sólo busca la plena realización en el Dios del Amor. La misa y la comunión son mi mayor alegría cada día. Jesucristo es el Amor de mi vida, por El vivo y por El muero. El me dijo: "Tú serás Yo". Desde ese día quiero identificarme más y más con El y ser otro "Jesús". Ambos nos ofrecemos juntos cada día como sacerdotes del Padre, ambos nos fundimos en un solo Amor por el Espíritu.

Como ves, mi vida es como un río caudaloso, que corre a veces manso y tranquilo, otras turbulento y devastador, pero que no se detiene, pues tiene cita con el océano inmenso de Dios. Allí me espera, con los brazos abiertos, para decirme "TE AMO". Mientras tanto, me estoy preparando, cumpliendo mi misión de esposa y de madre, una misión de amor sin fronteras.

VOCACION DE AMOR

a) Vocación de pájaro

Mi nombre antes de ser religiosa era Paloma. Por eso, me siento identificada con los pájaros. Ser pájaro es ver las cosas desde arriba, con perspectiva divina. Así quiero yo ver siempre las cosas: desde el punto de vista de Dios. Tener vocación de pájaro es sumergirse en el aire, volar por los espacios infinitos, donde está Dios, es respirar a pleno pulmón la alegría del amor de Dios. Es duro tener vocación de pájaro, cuando uno tiene que estar pisando tierra a cada momento y sufrir las limitaciones y dificultades de la vida diaria. Por eso, necesito retirarme a orar, a entrar en contacto con mi Dios, a elevarme a las alturas y olvidarme de los problemas de este mundo. Es como tomar fuerza para seguir sufriendo y elevar a otros hombres hacia Dios, enseñándoles a volar para que no se queden estancados entre el barro y las miserias de esta vida.

Me gusta volar y hacer excursiones por el universo infinito del amor de Dios. A veces vienen las tormentas y, entre los rayos y truenos, parece ocultarse el sol de Dios,

pero sigo confiando en su amor, a pesar de todo. Y, cuando sale el sol de nuevo y el cielo está limpio y azul, me gusta soñar e irme hacia la estrella más lejana, hasta la estrella matutina, hasta María y decirle que la quiero y que me cobije entre sus brazos.

Tener vocación de pájaro es volar hasta los extremos del mundo con la oración y aliviar el cansancio de los que están cansados y tender una mano cariñosa a todos los que están tristes y darles alegría y esperanza. Es acariciar con la sonrisa a todos los que me rodean, es amar sin descanso a todos los hombres sin excepción.

También me gusta volar muy alto con mis deseos. Aquí está el gran deseo de mi vida. Quiero abrazar a todos los niños, incluso antes de nacer, y bautizarlos con el bautismo de deseo para presentárselos a Dios como mis hijos. Me siento madre de todos los hombres, pero muy especialmente de todos los niños nacidos o por nacer. A todos los acaricio y abrazo bajo mi manto y los lleno del amor de Dios ¡Qué alegría!. Me siento la madre más dichosa del mundo y esto significa mucha responsabilidad de orar y trabajar por ellos para que sean santos.

También me gusta cantar como los pájaros y alegrar a mis hermanas. Quiero ser el pájaro de Dios y cantarle con mi amor y con mi vida un canto de alabanza, que se prolongue por toda la eternidad. El me dice: Ven, paloma mía, amada mía, ven. Y yo le digo: Enferma estoy de amor. Entonces, oigo el aleteo del Espíritu Santo que me envuelve con ternura y me llena de amor.

b) Sacerdote por el amor

Quisiera ser misionera y recorrer el mundo, pero ya que eso no es posible, lo haré en espíritu en alas de la oración. Pido mucho por los misioneros y sacerdotes para que Dios bendiga su trabajo apostólico. Si yo fuera sacerdote, ¡cómo hablaría a las almas del amor de Jesús y de María! Ciertamente, yo no soy sacerdote nombrado por nuestra Santa Madre Iglesia, pero sí me considero sacerdote por el amor, porque me entrego a Jesús con todo mi amor por la salvación de las almas.

Tengo una necesidad inmensa de amar, es algo que no puedo contener en mi pecho, mi pobre corazón se siente asfixiar, necesita más espacio, que sólo El puede darme y que sólo El puede saciar. Comprendo que esto será en la Patria y que ya falta menos, pero a medida que me acerco más a este fin tan deseado, el deseo aumenta y el camino se me hace más largo. ¡Qué ganas tengo de verlo, de fundirme con El para siempre, de ser una eterna alabanza de su gloria!.

Gracias, Señor, por mi vida y mi vocación de amor. Mi alma te ansía y te desea como la cierva desea las corrientes de agua. Tú estás en lo más profundo de mi alma . Tú estás en lo más alto de los cielos. Dame, Jesús, alas de serafín para volar por encima de las montañas y llegar hasta tu cielo y quedarme allí contigo para siempre.

Cristo me llamó

*No sé cómo fue...
Alguien paso junto a mi vera
en el cruce de un camino
y me habló.
Sus huellas se clavarón en el polvo,
El se fue...
A solas me detuve,
no supe adivinar quien era el caminante,
que aprisa se alejaba.
Contemplé de sus huellas las pisadas,
marcadas en la arena,
y en mi corazón una voz que me decía:
SIGUEME.
No quise responder...
Quizás mañana...
mas El su ruta proseguía,
buscando seguidores,
perdido en el recodo de un camino.
Entonces, emprendí veloz carrera hasta alcanzarlo
y preguntarle: ¿A mí, Señor, me quieres?
El me miró...
Nos miramos...
Era JESUS...
El me buscaba sin yo saberlo,
en las tardes oscuras... en las noches claras.
Y... con El me quedé.
El camino iba hacia el Calvario,
donde estaba Maria.
Allí, los tres unidos,
celebramos la misa.
Yo le ofrecí mi vida...
Le di gracias por haberme escogido,
por hacerme su esposa... Y El me dijo:
"Vive de amor.
Te quiero Santa".
Ahora sólo me queda
vivir feliz mi sacerdocio
y decirles a todas mis hermanas
SEGUID SUS HUELLAS.*

CONCLUSIÓN

Al finalizar este escrito, quiero dirigirme a cada una de las consagradas en particular:

Estás llamada a la santidad, a vivir en plenitud tu sacerdocio de amor por todos los hombres, en especial por los sacerdotes. Tu vida sólo tendrá sentido por el amor. Vivir por amor y para amar, pero con un amor tan grande como el Universo. Y sólo Jesús podrá llenar totalmente tu corazón enamorado. El te espera cada día en la Eucaristía, hecho Amor por nosotros. Haz de tu vida una Eucaristía viva, ofrécele todo lo que tienes sin condiciones. No temas las exigencias de Jesús. El es tu esposo. El te ama y quiere tu felicidad. No temas entregarte al Amor. María será tu guía y ejemplo.

Tu misión es necesaria al mundo. Si tú fallas, nadie podrá llenar tu vacío. Lo que tú no hagas, quedará eternamente sin hacer. Por eso, debes sentirte necesaria para la gran tarea de salvar al mundo. Ora mucho por los sacerdotes. Ellos necesitan tu apoyo, tu amor y tu dolor. No los defraudes.

Jesús mismo espera tu respuesta a sus planes de santidad sobre tu vida. El no quiere medias tintas ni mediocridades. Debes estar decidida a ser santa, a ser una ofrenda permanente de amor por Jesús y por las almas. No te detengas. Vive con seriedad tu vocación sacerdotal. Sigue a Jesús a tiempo completo y sin reservas. ¿Estás dispuesta?.

El te espera al final del camino. EL TE AMA y te necesita y sigue esperando tu respuesta. El desea que seas santa. Dile Sí.

Que El te bendiga por medio de María.

¡HASTA CADA EUCARISTIA!

Tu hermano y amigo Ángel Peña (Agustino Recoleta)

*“Nada tiene para mí mayor sentido
ni me da mayor alegría que
celebrar la Misa todos los días
y servir al pueblo de Dios en la Iglesia”
(Juan Pablo II.)*

